
SIGILLVM · VNIVERSITAT · CAROL · SEPTENT
LVX
LIBERTAS


LUX
LIBERTAS

FI
out on

SERAFÍN Y JOAQUÍN
ÁLVAREZ QUINTERO
DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

LA PRISA

COMEDIA EN TRES ACTOS



MADRID
1921

LA PRISA

SERAFÍN Y JOAQUÍN
ÁLVAREZ QUINTERO
DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

LA PRISA

COMEDIA EN TRES ACTOS

Estrenada en el Teatro de la Infanta Isabel
el 19 de Noviembre de 1921



MADRID
1921

MADRID.—Imprenta Clásica Española, Glorieta de Chamberí.—Teléf. J. 430

A AMANTE LAFFÓN

delicado artista; ejemplo de nobles prendas del espíritu; perspicaz y sereno espectador de la vida, cordialmente,

SERAFÍN Y JOAQUÍN

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
LEOPOLDINA	María Luisa Moneró.
DONA REGLA	Joaquina del Pino.
ESTELA	Florentina Montosa.
DOÑA LOURDES	Pilar Pérez.
ACACIA	Mercedes Sampedro.
PAULA	Lydia Medrano.
MARÍA FRANCISCA	María Robles Bris.
OCTAVIO	Nicolás Navarro.
DON ANTOLÍN	José Calle.
DON BENITITO	Francisco Alarcón.
PABLOTE	Antonio del Pino.
PINILLA	Mario Albar.
MANOLO	Antonio Suárez.

ACTO PRIMERO

En El Escorial, y en «La Celinda», finca de recreo del Marqués de Candeleda. Pequeña glorieta en una eminencia del jardín, sombreada por altas acacias y limitada al foro por un balcón rústico. En la lejanía, las cumbres de la Sierra.—Macetas de geranios. Muebles de mimbre.
Es por la tarde, en el mes de julio.

Aunque la posesión es del susodicho marqués, veranea en ella a la sazón la familia de don Antolín de la Huerta, catedrático y político retirado a la vida casera.

Doña Lourdes, acompañante de las hijas de don Antolín, está sentada en una butaca, gozando de unos instantes de quietud, raros en su vida actual. Es persona de buena familia, a quien las circunstancias han traído a tan modesto empleo.

Acacia, guardesa y jardinera de la casa, tan entrometida como solícita, se desvive en servir a los huéspedes, obedeciendo al par a su condición y a las instrucciones recibidas de sus amos.

ACACIA. ¿Usted me llamaba, señora?

DOÑA LOURDES. No.

ACACIA. ¿No, verdad? Pues juraría haber oído mi nombre. ¿Quién me habrá llamado? ¿Ni se le ocurre cosa alguna en que pueda servirla?

DOÑA LOURDES. Nada; gracias.

ACACIA. Ya sabe la señora que tengo órdenes de

mis señores de adivinarles los pensamientos a todos ustedes. Hoy mismo he recibido otra carta en que me lo vuelven a encargar: «Acacia, que atiendas, por Dios, a esa familia que pasa en nuestra casa el verano, como si fuéramos nosotros mismos».

Doña Lourdes. Ya, ya lo hace usted.

Acacia. A su señora hermana le he leído la carta hace un momento.

Doña Lourdes. ¿A mi hermana?

Acacia. Doña Regla ¿no es hermana de la señora?

Doña Lourdes. No.

Acacia. ¿Cuñada, entonces?

Doña Lourdes. No, señora; yo no pertenezco a esta familia. Soy una servidora de ella. Acompaño a las señoritas.

Acacia. ¡Anda, qué chasco! Pues lo que es como usted no lo diga... nadie lo dirá. ¡Yo, a lo primero, me creí que era usted la señora de don Antolín!

Doña Lourdes. *Suspirando resignadamente.* ¡Ay!...

Acacia. Don Benito... o don Benitito, como le dicen todos, ¿no es tampoco de la familia?

Doña Lourdes. Tampoco, que yo sepa. Creo que es como secretario de don Antolín, pero no lo sé... Llevo quince días en la casa y pregunto lo menos posible.

Acacia. Igual me pasa a mí.

Por la izquierda del actor sale el recién nombrado don Benitito, hombre sin brillantez ninguna. No es guapo ni feo, ni se sabe la edad que tiene.

Acacia. Don Benito, ¿usted me llamaba?

Don Benitito. No, hija mía.

Acacia. Se me ha metido a mí en la cabeza que me ha llamado alguien. *De repente, gritando hacia la derecha.* ¡Y dale, bola! ¡No, no hace falta leña! ¿Cómo ha de decirse? ¡Y otra vez te vas por la carretera!

¿lo oyes? — No quieren aprender estos críos. Con permiso de los señores. *Se retira por la derecha.*

Don Benitito. Esta Acacia se ha empeñado en que no nos dé el sol: ¡siempre la tenemos encima! ¡Je! Con el aquel de servirnos como a sus amos, es una mosca de borrico.—Hermosa está la tarde; ¿no, doña Lourdes?

Doña Lourdes. Hermosa.

Don Benitito. Más gana tiene usted de quedarse aquí disfrutando de ella que de corretear El Escorial.

Doña Lourdes. La obligación es antes que la devoción.

Don Benitito. Pero la devoción es más agradable. Esa Estelita la va a matar a usted: ¡cuidado que anda la criatura!

Doña Lourdes. Casi no hace otra cosa. Apenas llega a un sitio, dice: «Bueno: esto ya está visto. ¿Vámonos?» Sin que sea mi ánimo criticarla...

Don Benitito. Crítica inofensiva, doña Lourdes. De algo se ha de hablar. Decía yo que iba a matarla a usted porque la conozco: la he padecido antes que usted viniese a acompañarla. Me llevó un día en Madrid desde la Moncloa hasta el Angel Caído. Estuve une semana sin poder usar más que botas viejas. ¡Je! Tiene diez y ocho años; es delgada... ¡y quiere adelgazar!...

Doña Lourdes. Ayer tarde me llevó a mí a la Silla de Felipe II.

Don Benitito. ¿A patita?

Doña Lourdes. ¡Ah, claro es!

Don Benitito. ¡Jesús! ¡Yo me he cansado nada más que de oírlo! *Se sienta.*

Doña Lourdes. Y yo de acordarme. ¡En mi vida he visto una silla que esté más lejos!

Don Benitito. Pero si aquí en El Escorial van

siempre las muchachas solas, y nadie lo ve mal, ¿qué necesidad tenía usted de ese ajetreo?

Doña Lourdes. A doña Regla no le gusta que ni aquí ni en ninguna parte vayan sus sobrinas sin una persona de respeto al lado. Y yo, aunque me fatigue de andar, le alabo el gusto.

Don Benitito. Y yo; eso sí.

Doña Lourdes. Por más que algunas veces las acompañantes tengamos que hacernos las distraídas. No lo digo por esta nena, que no hace más que andar. La mayorcita es otra cosa.

Don Benitito. *Bajando la voz.* Muy otra cosa. Igual a su madre, que en paz descanse.

Doña Lourdes. Sí, ¿eh?

Don Benitito. La madre, que también se llamaba Leopoldina, como ella, era una mujer extraordinaria; dominada por la ambición y por el deseo de figurar y lucir y de no perder fiesta ni jolgorio. Tenía azogue. El prurito de hallarse en todas partes. Rifas, novenas, bailes, juntas benéficas... ¡Se metía en todos los roperos!... ¡Je!

Doña Lourdes. Pues así es la hija; bien dice usted.

Don Benitito. ¡Don Antolín entró en la política empujado por ella! Por halagarla; sólo por halagarla... ¡Mire usted él!... ¡Hombre más apocado y más tímido... más inepto para la vida pública!... Así le fué. Salió con las manos en la cabeza. Y así está: amargado y entristecido, aunque lo disimula; hecho un loro que no le da la patita a nadie. ¡Y vale mucho, mucho! Pero para el gabinete, para el estudio; para sembrar él... y que otros cojan la cosecha.

Doña Lourdes. ¿Usted ha vivido siempre al lado suyo?

Don Benitito. Casi siempre. Sobre todo desde que dejó la cátedra y se dió a las andanzas políticas.

He sido su hombre de confianza. En aquellos tiempos podía llamarme su secretario particular. Ahora no tanto; ahora soy algo menos. De secretario tengo poco... y comprendo que no tengo nada de particular. ¡Je!

Doña Lourdes. ¡Qué modesto!

Don Benitito. ¡Psché! Es un chiste que empleo siempre que viene a pelo, porque creo que me pinta con exactitud. ¡No tengo nada de particular! Usted habrá observado que lo mismo Leopoldina que Estela me tratan como a un dominguillo.

Doña Lourdes. Cariño es eso; confianza...

Don Benitito. No; si yo lo llevo a gusto; no es que me queje, no... Y aun durante el reinado de doña Regla me consideran algo más... ¡Doña Regla es tan miradita!...

Doña Lourdes. ¿El reinado de doña Regla? ¿Qué quiere decir eso?

Don Benitito. Creí que usted lo sabía. En esta casa reinan dos personas alternativamente: doña Regla y doña Leonor, la cuñada. Don Antolín, cada día más metido en su concha, se trae por temporadas a cuidar de sus hijas, a falta de la madre, a una de las dos: hermana ésta; cuñada la otra. Reina doña Regla, como al presente: las niñas están algo más dentro del carril. Reina doña Leonor, que es de la casta de la difunta: las niñas pierden los estribos del todo. Y el primero que lo nota soy yo.

Doña Lourdes. ¿Esta doña Regla vive en Andalucía?

Don Benitito. Sí, señora. Y es andaluza, como don Antolín. Casó en Las Canteras, con un labrador de abolengo; muy rico. Y desde que él murió arrienda los cortijos y demás propiedades para librarse de quebraderos de cabeza. Hace bien. Es señora tranquila; de método; de orden. ¡Yo pasé en su casa siete

días que no se me olvidan! ¡Qué calma!... ¡Qué sosiego!... ¡Qué poca prisa para todo!... ¡Qué temperatura!... ¡Qué techos más altos!... ¡Qué refrescos!... ¡Qué chocolates!... ¡Jauja! ¡Jauja! ¡Una casa sin ascensor y sin portería!... ¡Jauja! Cuando reina doña Leonor, veraneamos en San Sebastián, en Biarritz... en un sitio de bulla. Reinando doña Regla, no salimos de El Escorial o de La Granja. Y aun le sobra ruido. Este año nos quiso llevar a Rota; pero se le sublevaron las chicas. Y como el marqués de Candeleda, el dueño de esta casa, es tan buen amigo de don Antolín, y pasa este verano en Francia con los suyos, se la ofreció de muy buen grado.

Doña Lourdes. ¿Son muy amigos?

Don Benitito. ¡Uh!... *Otra vez en voz baja.* El discurso de recepción del marqués en cierta Academia, se lo escribió don Antolín. Yo creía que esas cosas eran cuentos. Pues no lo son. Yo lo puse a máquina. Estoy en el secreto. ¡Hay por ahí infinidad de pavos reales que se adornan con plumas de don Antolín! De este loro. *Breve pausa.*

Doña Lourdes. Una cosa, don Benitito.

Don Benitito. Usted mande, señora mía.

Doña Lourdes. He oído que va usted a Madrid mañana.

Don Benitito. Si Dios quiere. ¡Y con un celemín de encargos! Soy un ordinario extraordinario, como yo digo. ¿Qué se le ofrece a usted?

Doña Lourdes. Otro encarguito, naturalmente.

Don Benitito. Me lo figuro: unas babuchas.

Doña Lourdes. No, señor; tengo aquí repuesto. Lo que deseo es que pase usted por casa de mi hermana Clotilde, Fúcar, 4, y vea cómo está.

Don Benitito. Será usted servida. *Toma nota en un cuadernito.*

Doña Lourdes. Muchísimas gracias.

Vienen por la izquierda doña Regla y don Antolín. La anterior referencia de don Benitito nos exime de la obligación de presentarlos. Doña Regla viste y peina un poco a la antigua; don Antolín usa en la casa cómoda vestimenta de su invención y calza sandalias. Ella conserva acento andaluz; él no.

DOÑA REGLA. Sal sin cuidado, hombre; no hay fotógrafos... ni ninguna persona de fuera. ¡Jesús, qué buho!

DON ANTOLÍN. ¡No quiero ver a nadie, hermana! ¡Estoy pasando un verano encantador sin ver a nadie! Hay quien no se halla a gusto hasta que no se va de su casa; yo soy al revés. ¡Me estorba la gente!

DON BENITITO. *Ofreciéndole asiento a doña Regla.* ¿Quiere usted una butaca, señora? ¿Una silla? ¿Dónde se la pongo? ¿Aquí? ¿Aquí?

DOÑA REGLA. Gracias, don Benitito; déjeme usted sentarme a mi gusto.

DON BENITITO. Bien, bien...

DOÑA REGLA. *A doña Lourdes.* ¿Y esa niña? ¿Aún no ha acabado de componerse?

DOÑA LOURDES. Se conoce que no. Yo la espero hace ya un buen rato.

DOÑA REGLA. Por eso lo digo.

DON ANTOLÍN. *Mirando desde el balcón a lo lejos.* ¡La verdad es que esta casa está bien situada! ¡Bien! Este balcón es de la gloria. Debía regalármela el marqués. ¿No te parece, Benitito?

DON BENITITO. ¡Je! Debía, debía... No se le habrá ocurrido.

DON ANTOLÍN. El marqués no tiene tiempo para que se le ocurran cosas; pero ésta desde luego no se le ocurrirá.

DOÑA REGLA. Ya hace bastante el hombre con cedértela todo un verano.

DON ANTOLÍN. ¡Y yo se lo agradezco mucho más

que los pavos que me envía en Nochebuena! Eso es aparte. Benitito, óyeme.

Don Benitito. ¿Qué hay, don Antolín?

Don Antolín. Tabarra en lontonanza. ¿Tú recuerdas quién es Pinilla?

Don Benitito. Sí; ¡ya lo creo! ¡Estanislao Pinilla! ¡Nadie! Guardo su tarjeta. ¡El agente de seguros de vida!

Don Antolín. El mismo. Se ha empeñado en asegurarme y me ha anunciado que vendrá a El Escorial.

Don Benitito. ¡Qué pesadez! ¡Pero si ya le ha dicho usted veinte veces...!

Don Antolín. Lo quiere oír veintiuna. Ahora, que no va a oírlo de mi boca. A mí no me ve. Estoy en Ávila; ¿me comprendes?

Don Benitito. Comprendido.

Don Antolín. Estoy en Ávila. He ido a visitar la sepultura del Tostado, que me interesa mucho.

Don Benitito. ¿Y si me pide día y hora para volver?...

Don Antolín. Le contestas que paro aquí poco; que tú no puedes precisarle... Estoy en Ávila. En último caso, *me intrincas* en la sierra de Gredos. A mí no me ve.

Doña Regla. ¡No sabe ese Pinilla lo que pretende! ¡Verte a ti este verano! ¡Cualquiera te echa la vista encima!

Don Antolín. ¡Cualquiera! *Sobresaltado.* ¿Quién viene?

Doña Regla. ¡Tu hija, hombre! ¡Qué exageración!

Don Antolín. ¡Sí, sí!...

Sale, en efecto, por la izquierda Estela, sin sombrero, con alpargatas y con un bastoncito muy mono.

Estela. ¿Doña Lourdes?

Doña Lourdes. Aquí me tiene usted, señorita.

ESTELA. ¿Estiramos un poco las piernas?

DOÑA LOURDES. Vamos allá.

Entre doña Lourdes y don Benitito se cruza una mirada.

ESTELA. Está esto delicioso, ¿verdad, tía?

DOÑA REGLA. Delicioso.

ESTELA. ¡Delicioso de veras!

DOÑA REGLA. Para no moverse de aquí.

ESTELA. ¡Qué temperatura! ¡Qué aire! ¡Qué encanto! ¡Delicioso! ¡Estupendo! ¿Vámonos, doña Lourdes?

DOÑA LOURDES. Vámonos.

DOÑA REGLA. Pero, chiquilla, si tan delicioso encuentras esto, ¿adónde te vas? ¿Por qué no lo disfrutas? ¿Qué prisa tienes?

ESTELA. Me espera Hortensia en la Herrería.

DOÑA REGLA. Y tú, ¿no esperas a Manolo?

ESTELA. A saber a qué hora vendrá. Los trenes llegan cuando quieren. Además, que me busque. Es lo único que tiene que hacer en El Escorial: buscarme a mí. Vámonos, doña Lourdes.

DOÑA LOURDES. Vámonos.

ESTELA. *Va a irse por la derecha, cambia de pronto de opinión y se va por la izquierda.* Por aquí, que coge más lejos. *Márchase decidida.*

Doña Lourdes la sigue, despidiéndose de los demás con una sonrisa inefable.

DOÑA LOURDES. Hasta después.

DOÑA REGLA. Vaya usted con Dios, doña Lourdes.

DON BENITITO. *Remedando a Estela.* Por aquí, que coge más lejos. Una frase que pinta un carácter.

DOÑA REGLA. Y unas pantorrillas.

DON BENITITO. ¡Je!

DOÑA REGLA. Estas hijas tuyas, hermano, viven todo el año como en días de feria. ¡No paran!

Don Antolín. Cosas de los tiempos, Reglita... Yo, por mí...

Doña Regla. Sí: tú estás en Ávila. Ya, ya.

Don Antolín. Benitito, allí te he dejado unas cuartillas para que te entretengas en sacarlas en limpio.

Don Benitito. Ahora mismo voy.

Don Antolín. No, no me corren prisa ninguna. Hazlo si estás de humor. Además, recuerda mi lema: lo urgente no existe.

Don Benitito. Recuerde usted el mío: lo que se hace hoy no hay que hacerlo mañana. *Vase por la izquierda.*

Pausa.

Doña Regla. Antolín, ¿tú conoces bien a ese Manolo que pretende a tu hija?

Don Antolín. ¡Sí! Un muchacho ingeniero...

Doña Regla. ¡No, hombre! Estudia Medicina.

Don Antolín. ¡Ah, sí, sí! Lo he confundido con el otro. Ya sé quién es. Para médico va. ¡Malo es que en la familia entre un mediquito!... En fin, después de todo, ¿qué más tiene?

Doña Regla. No lo eches a broma; que estás con los años de un qué se me da a mí y de un encogerte de hombros... Y las bodas de las muchachas son asunto muy serio. Debes volver de Ávila para tratarlo.

Don Antolín. Ya sabes que descanso en ti y en Leonor... Lo que las mujeres no veáis... Sobre que en eso de los matrimonios no hay sino pedir suerte. ¡No se empieza a ver claro hasta el día siguiente al de la boda!

Doña Regla. Pues a mí me preocupa cargar con la responsabilidad...

Don Antolín. Al que Dios no le da hijos...

Doña Regla. Deseando estoy que se coloquen

las dos que tú tienes, para volver a vivir tranquila. Me pone nerviosa esta vida que llevan. Y menos mal aquí; pero en Madrid acaba conmigo; es angustiosa. Los bailes, los teatros, los toros, las reuniones, los tes, los paseos, las carreras, las tiendas, los *cines*, el teléfono... ¡Jesús María! ¡Ay mis Canteras de mi alma!

DON ANTOLÍN. Realmente yo soy un egoísta al pediros a Leonor y a ti tamaño sacrificio...

DOÑA REGLA. A mí, a mí... Leonor sale a su hermana. Para ella es un plato de gusto lo que para mí es un tormento. ¡Qué mareo, señor! ¡Qué absurdo de vida! ¡Qué no querer perder nada de nada! Y eso es como el que va a una bodega y se empeña en catar de todas las botas: ¡que acaba borracho, con la cabeza loca y sin darse cuenta de lo que está bebiendo!

DON ANTOLÍN. Es verdad, sí; se vive un poco en borrachera... Yo sólo bebo agua; pero me da el olor; el tufo... *Nueva pausa. Desde el balcón del foro.* Allá va un *auto* echando chispas. ¡Qué salvajada! Puede que sea el mismo que estuvo a punto de dar cuenta de mi persona hace veinte días.

DOÑA REGLA. No me lo recuerdes. Poco le dije al zopenco que lo guiaba. «¿Adónde iba usted tan aprisa, señor?» «A tomar chocolate en Torrelodones.» No sé como no lo maté. «¡A tomar chocolate en Torrelodones se va más despacio! El chocolate guarda mucho el calor; ¿usted no lo sabe?»

DON ANTOLÍN. Yo a todo el que fuera tan aprisa sin justo motivo lo hacía cartero un año. ¡Y ya verías tú como había menos atropellos!

DOÑA REGLA. ¡Qué espectáculo el de algunas familias por esa carretera! Si no dieran miedo, darían risa. Todos desencajados, agarrados unos a otros, los pelos por el aire, espantados los ojos, sin ver más que el polvo del camino, pensando sin duda en que

no han hecho testamento... Y eso, a lo mejor, como el otro, para ir a refrescar en Cercedilla. Refrescar a escape, por supuesto. Llegan, se toman corriendo el sorbete, se enjuagan la boca, y ¡al coche otra vez! ¿Hay nada más estúpido? —Ahí viene tu hija Leopoldina. Que por cierto se peina de un modo, digo, se *despeina* de un modo que no lo puedo sobrellevar.

Don Antolín. Símbolo de los tiempos, niña. ¡Las cabezas andan revueltas!

Doña Regla. Pues ¿y los trajes? ¿Qué me dices de estos trajes por las rodillas?...

Don Antolín. ¡Hija, que hay que pagarlos lo mismo que si tuviesen cola!

Sale Leopoldina, linda muchacha, de exaltada imaginación, nervios inquietos y expresión anhelante.

Leopoldina. ¿Y Benitito? ¿No está aquí Benitito?

Don Antolín. Ahora está en mi despacho. ¿Qué lo quieres?

Leopoldina. ¿Va mañana a Madrid?

Don Antolín. Eso, allá tu tía.

Doña Regla. Sí, va mañana. Hacen falta unas cuantas cosas.

Leopoldina. Pues una lista voy yo a darle. Tiene que traerme la peina de concha, el collar de corales, los pendientes, los zapatitos de charol, el traje de gitana y el mantón de Manila blanco. No; el negro. No; el blanco. Luce más que el negro de noche.

Doña Regla. Pero ¿adónde vas? ¿Trabajas por fin en la función de los aficionados?

Leopoldina. Sí, señora. Digo, no lo sé todavía. Si reparten el galán a mi gusto... Ya veremos. Lo que es con Arturito no me caso yo. ¡Ni en la comedia! Pero el vestido de gitana y todo lo demás es para otra cosa.

Doña Regla. ¿Para qué?

Leopoldina. No se asuste usted, tía.

DOÑA REGLA. Si yo me asustara ya de tus cosas, viviría en un grito.

LEOPOLDINA. ¡Lo menos! *Cantando de pronto:*

Ven y ven y ven,
sígueme adorando...

DOÑA REGLA. ¡Deja las copluchas ahora! ¡Qué peste de *cuplés!* ¿Para qué quieres la falda de volantes y el mantón de Manila?

LEOPOLDINA. Para ir a una verbena que dan en su casa de La Granja los Manzanares

DOÑA REGLA. ¡Jesús!

LEOPOLDINA. El martes que viene, por la noche. En el jardín. ¡Un jardín que es un paraíso!

DOÑA REGLA ¿Terrenal?

LEOPOLDINA. Terrenal, pero sin serpiente. Y lo adornan muy bien. Es gente de gusto. Guirnaldas de flores naturales, hileras de macetas, farolillos a la veneciana, banderolas... Una preciosidad. Y luego dan chocolate, buñuelos, churros, horchata, refrescos... ¡Y venga baile hasta el amanecer! ¡Divino! *Cantando de nuevo:*

Ven y ven y ven,
sígueme adorando...

DOÑA REGLA. *Escandalizada.* ¡Ay, ay, ay!...

LEOPOLDINA. ¿Se lleva usted las manos a la cabeza?

DOÑA REGLA. ¿Tú oyes esto, Antolín?

DON ANTOLÍN. ¡Estoy en Ávila!

DOÑA REGLA. No, no estás en Ávila; estás en las Batuecas. Pero atiende ahora. ¿Quién te ha invitado a esa verbena, niña?

LEOPOLDINA. ¿Quién había de ser? Marucha Manzanares: íntima amiga mía.

DOÑA REGLA. Y ¿quién te va a llevar?

LEOPOLDINA. Las de Pertigal, en su coche.

DOÑA REGLA. ¡El Señor nos valga! ¿Esas tres tarascas de los pelos pintados?

LEOPOLDINA. Cabalito.

DOÑA REGLA. «Las Tres Desgracias», que les dicen aquí.

LEOPOLDINA. Sí, señora: «Las Tres Desgracias» me llevan en su *auto*.

DOÑA REGLA. Que es otra desgracia segura.

LEOPOLDINA. ¿Qué ha de ser? ¡Si tienen un Hispano que quita el sentido! ¿Quiere usted venir con nosotras?

DOÑA REGLA. ¿Yo?

LEOPOLDINA. ¿Y usted, papá?

DON ANTOLÍN. ¿Yo? Al revés que la chulapa del sainete, me meto en la cama antes de lucirme y de ver la verbena. Es más cómodo.

DOÑA REGLA. Pero ¿a ti te parece regular que tu hija salga de noche de su casa y se vaya sola, en un automóvil que no es suyo...?

LEOPOLDINA. ¡Desgraciadamente!

DOÑA REGLA. ¿Con tres visiones, por un camino lleno de toros, a una casa extraña, a bailotear hasta el día con todo el que quiera divertirse? ¿A ti te parece regular?

LEOPOLDINA. ¡Ja, ja, ja! Tía, ¡qué pintura!

DON ANTOLÍN. Mujer, yo no me asusto ya de nada .. Eso está en las costumbres...

DOÑA REGLA. ¡Bonitas costumbres!

DON ANTOLÍN. Todas las mujeres honradas deben saber guardarse.

Madre, la mi madre,
guardas me ponéis;
si yo no me guardo,
no me guardaréis.

Doña Regla. Esos son romances, Antolín. Las muchachas del día, por santas que sean, viven en un aturdimiento peligroso y en una excitación muy poco tranquilizadora. ¡Por santas que sean! Yo veo así las cosas, hermano. ¡Seré una señora rancia de pueblo; pero las veo así! ¿Es que se pueden ver sin temor ni sonrojo los bailes que se estilan?

Leopoldina. ¡Ya saltaron los bailes!

Doña Regla. ¡Naturalmente que saltaron!

Leopoldina. Pues mire usted, tía Regla...

Doña Regla. Pues mira tú, sobrina: ¡hasta en París, donde la gente se besa por las calles, asustan y preocupan ya los bailes dichosos! ¡Figúrate lo que pensará de ellos una vieja de Las Canteras que se acuesta con las gallinas y va a misa de alba!

Leopoldina. Pues en sus tiempos de usted se decía:

¡Jóvenes que vais bailando,
al infierno vais saltando!

Doña Regla. ¡Pues en los tuyos ya vuelven ustedes del infierno!

Leopoldina. ¡Dios mío, qué susto!

Doña Regla. Ríete cuanto quieras.

Leopoldina. ¿No me he reír, tía? ¿Es que cree usted que son de este siglo los siete pecados capitales? ¡Toda la vida han sido los mismos! Ahora quizás se disimule menos y por eso se escandaliza más. No tenga usted cuidado; que ni en ese baile ni en ninguno me lleva a mí el demonio. Y mire usted que me es simpático; pero no acaba de ser mi tipo. Es demasiado golfo. Tampoco haré la dama con él. ¡De aquí a que yo le encuentre a uno toda la gracia que necesita para que a mí me pete!... ¡De aquí a entonces!...

Doña Regla. ¡No será porque no lo buscas; por-

que no paras dos horas seguidas en un mismo sitio!

LEOPOLDINA. Señal de que en ninguno vale la pena de quedarse más tiempo. No soy frívola, no; todo lo contrario. ¡Me gustan las cosas con sustancia... y me gusta encontrarles la sustancia a las cosas! *Acariciándola con zalamería.* En fin, si me deja usted ir a esa verbena sin poner mala cara, le ofrezco pasarme todo un mes en su casa de Las Canteras.

DOÑA REGLA. ¡Me has ofrecido eso tantas veces!

LEOPOLDINA. Pues ahora se lo cumplo, tía. Me inspira ya verdadero interés conocer cómo se pasa un día no pensando más sino en que al día siguiente se va a hacer carne de membrillo. ¡De veras que me inspira interés!

DOÑA REGLA. ¡Muy bien que se pasa!

DON ANTOLÍN. ¡Y con el epílogo de rebañar luego los peroles!... ¡Oh niñez remota!

LEOPOLDINA. ¿Convencida?

DOÑA REGLA. Tendrían que fundirme de nuevo. Tolerante... y gracias. Nos tienes muy bien educados a tu padre y a mí: lo que nos pides, lo que hacemos.

LEOPOLDINA. ¡Qué buena es usted!

DOÑA REGLA. Dí mejor qué tonta.

DON ANTOLÍN. *Nuevamente sobresaltado.* ¿Eh? ¿Quién llega? Alguien viene, ¿no? ¿Es Pinilla?

DOÑA REGLA. ¡Jesús con Pinilla! ¡Vas a hacerme soñar con él!

LEOPOLDINA. No, pues no es Pinilla; es Manolo.

DON ANTOLÍN. ¿Manolo?

LEOPOLDINA. Sí; el chico que pretende a Estela.

DON ANTOLÍN. ¡Uh! ¡Estoy en Zarzalejo! *Vase por la izquierda, de puntillas.*

DOÑA REGLA. ¡Ea! Ahora está en Zarzalejo. Le ha dado por ahí.

LEOPOLDINA. Se ha propuesto no ver a nadie.

DOÑA REGLA. Y va a conseguirlo: ¡con ese kilométrico que se ha comprado!...

Llega por la derecha Manolo, sin otra mira que la de ver a Estela, ni más preocupación que la de hacerse agradable en la casa.

MANOLO. Santas y buenas tardes. Doña Regla...

DOÑA REGLA. Venga usted con Dios.

MANOLO. Leopoldina...

LEOPOLDINA. Hola, Manolo.

MANOLO. Todos buenos, ¿verdad?

DOÑA REGLA. Todos buenos; mil gracias.

MANOLO. ¿Y don Antolín?

DOÑA REGLA. En Zarzalejo.

MANOLO. ¿En Zarzalejo?

LEOPOLDINA. Sí: tiene allí un amigo; lo ha convidado a comer unas frutas...

MANOLO. Que aproveche. ¿Y Estela?

DOÑA REGLA. ¿No la ha visto usted?

MANOLO. No, señora. ¿Tengo cara de haberla visto?

DOÑA REGLA. Pues hasta hace un rato ha estado aquí. Se fué a la Herrería.

MANOLO. ¡Lo que le gusta la Herrería! Ahora i a buscarla, con permiso de ustedes.

DOÑA REGLA. ¿No se sienta usted?

MANOLO. No, señora; no estoy cansado. Bueno; me sentaré. He venido en *moto*.

LEOPOLDINA. ¿Ah, sí?

MANOLO. Sí. En la *moto* de un individuo que me invita siempre que me ve. Lo cual me fastidia; ¡porque ya ha dejado cojos a dos amigos! ¡Y no me haría gracia ser yo el tercero!

DOÑA REGLA. Sobre todo gustándole Estelita, ¿verdad?

MANOLO. ¡Y tan verdad! ¡No hay cojo que la siga! Además, me revientan las *motos*. Viene uno enco-

mendándose a Dios todo el viaje. ¡Qué saltos! ¡Qué trepidación! Pisa usted una piedra y va usted a las nubes. ¡Qué ruido! ¡Qué ladrar de perros! En la carretera hemos tenido hoy una medio cuestión personal con un par de marranos.

Leopoldina. ¿Con un par de marranos?

Manolo. Usted verá: atropellamos a uno de ellos y el amo nos quería comer. Si el amigo de la *moto* no le da dos duros, le abre la cabeza. ¡Qué bárbaro! ¡Cómo se puso el tío! Un disgustazo.

Doña Regla. Me alegro.

Manolo. Y yo. Luego va a venir por aquí.

Leopoldina. ¿Quién? ¿El de los cerdos?

Manolo. No; el de la *moto*. Mi verdugo. Es amigo de ustedes también. Pinilla; un agente de seguros de vida.

Doña Regla. ¡Oh!

Leopoldina. Sí lo conocemos. Papá le teme más que usted.

Doña Regla. ¿Y asegura la vida ese hombre y lleva a los amigos en *moto*? ¡No lo sabrá la Compañía!

Manolo. ¡Tiene usted razón!... ¡Como se entere la Compañía, le quita los papeles! Estaba yo por darle el soplo. A mí ha venido queriendo asegurarme. ¡Que también es una conversación para el camino!... ¿De manera que Estela en la Herrería?

Leopoldina. En la Herrería. ¡Ah! Que sea enhorabuena: nos ha dicho que ha aprobado usted el quinto año.

Manolo. Sí. Un pozo de ciencia soy ya. ¡Un pozo sin fondo!

Doña Regla. ¿Estarán contentos sus padres?

Manolo. Muy contentos; figúrese... Yo sigo la carrera por ellos... No tengo fe en la Medicina.

Doña Regla. ¿No?

MANOLO. No, señora. No se sabe nada. Los mismos maestros se lo dicen a usted apenas les cae un enfermo dificultoso. No se sabe nada. En general vamos a ciegas. Es un axioma entre nosotros: no hay enfermedades: hay enfermos. Estudia usted a conciencia una enfermedad... y le sale en seguida un enfermito de ella que le lleva la contra. Un *planchazo*, No se sabe nada.

DOÑA REGLA. Cuando usted lo asegura...

MANOLO. Porque estoy convencido de ello. Mire usted: ahora tengo yo un íntimo amigo con fenómenos cerebrales. ¿Causa? ¿El hígado? ¿El estómago? Yo no lo sé. Una eminencia que lo visita dice que sí; pero no se los cura. Luego no lo sabe. Otro ejemplo: el de Romillo, el senador; de ayer por la tarde. Consulta de siete primeros espadas. ¡De siete! ¿Son espadas, eh? Bueno, pues se equivocaron los siete. Miento, no: acertó uno sólo. El que dijo que se moría. No se sabe nada.

DOÑA REGLA. Sí; lo que es por las pruebas...

MANOLO. Crea usted que lo único seguro es no ponerse malo. En China lo entienden: se paga al médico mientras no hay enfermos en la casa. En cuanto uno de la familia cae malo, ya no cobra el médico.

LEOPOLDINA. Eso está muy bien.

MANOLO. ¿Que si está?

DOÑA REGLA. ¡Pero si tampoco saben nada!...

MANOLO. ¡Ah, tampoco! Eso es en todas partes. Se ignora lo más rudimentario. Ahora mismo está don Antolín comiendo frutas, ¿no? ¡Pues vaya usted a saber cómo van a sentarle!

DOÑA REGLA. Lo probable es que le sienten bien.

LEOPOLDINA. La fruta es muy sana.

MANOLO. Para unos sí y para otros no. No hay enfermedades: hay enfermos. Yo, cuando termine la

carrera, ya lo he decidido: especialista en equivocaciones.

Doña Regla. ¿Piensa usted equivocarse siempre?

Manolo. No, señora; pienso que me llamen cuando se equivoquen los demás. ¡Y voy a estar rifado! Palabra. Es un hallazgo esto. En fin, estoy diciendo muchas simplezas. Y es que todavía me dura la impresión de la *moto*. Me pone que salto. Voy en busca de Estela.

Doña Regla. Sí; vaya usted ya... vaya usted ya...

Manolo. Hasta luego; no me despido.

Leopoldina. Hasta luego.

Manolo. Ahora me haría falta la *moto*, para alcanzarla; ¿usted ve? Nunca está uno a gusto. *Vase a escape por donde llegó.*

Tía y sobrina se miran sonriéndose.

Leopoldina. Mi hermana es feliz.

Doña Regla. ¿Feliz con este pretendiente?

Leopoldina. Sí, señora; porque sueña con un marido un poquito tonto.

Doña Regla. Ya.

Leopoldina. Para manejarlo a su capricho.

Doña Regla. Pues con éste puede ir tranquila. A mí me parece de capirote.

Leopoldina. ¿Qué tendrá en los sesos?

Doña Regla. No se sabe nada.

Leopoldina. Me voy a llegar ahí enfrente, tía.

Doña Regla. ¿Otra vez?

Leopoldina. A pasar un rato con Obdulia. Antes entró gente y no nos dejaron hablar. Iremos a teléfonos a pedir conferencia con Segovia. Mañana se casa Chichita Castellón, y algo se nos ocurrirá que decirle. ¿Ha visto usted el retrato del novio en el *Blanco y Negro*? No me gusta. Es aquel chico que tomaba morfina... No me gusta. Está medio loco. Hasta luego.

Doña Regla. La cuestión es no sosegar dos minutos.

Leopoldina. Esa es la cuestión. Me reservo para Las Canteras.

Doña Regla. Allí te quisiera yo coger, picarona. Pero ya casada, a ser posible.

Leopoldina. ¡Ojalá! *Vase por la derecha, cantando:*

Me dicen que si te quiero,
y yo digo que ni verte...

Simultáneamente sale Acacia, también por la derecha. En la mano trae tres huevos de gallina. Detiene un punto a doña Regla, que iba a marcharse por el lado contrario.

Acacia. ¡Qué alegre es esta señorita! Es un cascabel. Mire, señora; mire qué tres huevos más hermosos acaban de poner mis gallinas.

Doña Regla. Lléveselos usted a Segunda.

Acacia. Sí, señora, sí; siempre se los llevo. Pero quería decirle a usted una cosa: que no le compre huevos a la Higinia.

Doña Regla. Y ¿quién es la Higinia?

Acacia. La guardesa de la Villa Robustiana. A ella se los vende un peón caminero... porque ella no tiene gallinas... ¡y han de ganar los dos! ¿Comprende la señora?

Doña Regla. Se tendrá en cuenta la advertencia.

Acacia. Y el día que se le apetezca a usted de tomar un buen queso de Burgos, no tiene usted más que avisarme. ¡Y va la señora a ver un queso!

Doña Regla. También lo tendré muy presente.

Acacia. Como si se le antoja comer buenas ciruelas; yo se lo digo a mi sobrino...

Doña Regla. Me acordaré de usted para todo lo que necesite. *Se va por la izquierda, expresando con*

el ademán que está de la guardesa hasta el moño.

ACACIA. Vamos a llevarle a la Segunda... Es no parar esto. *Se detiene, al ver que alguien llega por la derecha.* ¿Eh? ¿Quién es? ¡No puede una faltar de la verja un instante! ¡Ah! Son dos señoritos.

Y salen Octavio y Pablote, que en automóvil han llegado a la casa. Los dos son jóvenes. Octavio, vehemente e inquieto; su amigo, francote y cachazudo.

OCTAVIO. Buenas tardes.

PABLOTE. Buenas.

ACACIA. Muy buenas las tengan ustedes.

PABLOTE. ¿Están los señores?

ACACIA. Sí, señor.

PABLOTE. ¿Quiere usted avisarles?

ACACIA. Sí, señor. El señorito es el señorito que atropelló al señor con el automóvil.

PABLOTE. ¿Me recuerda usted?

ACACIA. ¡Anda! Yo soy muy buena *fisionomista.* Y ya ve el señorito que no lo vi más que aquella tarde. ¡Pues no se me despinta ya!

PABLOTE. ¿No habrá tenido consecuencias el atropello?

ACACIA. Ninguna de particular; no, señor. Vino el médico, le dió al señor unas buenas friegas, y al día siguiente estaba tan fresco. Yo he salido ganando.

PABLOTE. Sí, ¿eh?

ACACIA. Sí, señorito; porque se le rompió el pantalón al señor, y por no andarse con zurcidos, me lo dieron para mi Lorenzo, que es guarda en la Casita del Príncipe. ¿Ustedes no han visto la Casita del Príncipe?

OCTAVIO. *Impaciente.* Avise, avise usted a los señores.

ACACIA. Voy volando. *Mostrándoles los huevos antes de marcharse.* ¡Miren ustedes qué gloria ponen mis gallinas!

PABLOTE. Ande usted.

ACACIA. Volando. Traen prisa los señoritos, ¿no es verdad? *Vase por la izquierda.*

OCTAVIO. Bueno, tú, la visita será cosa breve.

PABLOTE. Un suspiro. No te apures, que nos vamos a escape.

OCTAVIO. A las siete necesito yo estar en Guadarrama.

PABLOTE. ¡No te apures, hombre! De aquí a Guadarrama, en mi coche, no tardamos ni cinco minutos.

OCTAVIO. ¡Tampoco me vayas a estrellar!

PABLOTE. ¡Estás insoportable con la secretaría del ministerio!

OCTAVIO. Mira una cosa que no dudo. ¡Yo mismo no me puedo aguantar! Ni como, ni duermo, ni vivo... ¡Deseando estoy que caiga el gobierno!

PABLOTE. Eso se lo cuentas a tu abuela. ¡Poco que presumes tú con la secretaría!

OCTAVIO. *Corriendo al balcón.* ¿Un *auto*?

PABLOTE. Sí. Y va también para Guadarrama.

OCTAVIO. ¿Será el del ministro?

PABLOTE. ¡Ca! ¡Ese es un buen coche y el del ministro es una lata de conservas!

OCTAVIO. ¡Menos lata, tú! ¡Cincuenta caballos!

PABLOTE. ¡Serán de los toros!

OCTAVIO. Pero ¿no sale esta familia? Por supuesto, me explico que no quieran verte. Si estuviste a pique de *laminar* a ese buen señor...

PABLOTE. Por eso extremo la amabilidad, querido Octavio. Paso por aquí después del percance, y me parece elemental un saludo de cortesía... Por arrimado a la cola que sea uno...

OCTAVIO. ¿Quiénes son ellos? No me has dicho...

PABLOTE. ¡Si no lo sé! Cambiamos aquel día los ofrecimientos de rúbrica; pero he olvidado... Yo es-

taba azoradísimo... Traje a mi hombre en el *auto* deshaciéndome en explicaciones... y no veía el momento de volver a la carretera... Una señora andaluza que había aquí me puso como un trapo, y tuve que agachar las orejas y darle las gracias encima. Pero, en fin, ya has oído a la guardesa: todo quedó en el susto, a Dios gracias. Evidentemente tengo buena mano para los trompazos. Puedes ir tranquilo.

Octavio. No del todo, no creas.

Pablote. Pues tengo buena mano. En Villalomar atropellé al cacique y me felicitó todo el pueblo.

Octavio. Sí, ¿eh?

Pablote. ¿Y lo de Paco Esteban? Había perdido la memoria en una enfermedad; le rompí el bautismo en mi coche, y la recobró como por ensalmo.

Octavio. ¿Del golpe recobró la memoria?

Pablote. Del golpe, sí. ¡Hoy se acuerda de todo lo que debe!

Octavio. Pues ¡sí que es un fenómeno!

Pablote. Tengo buena mano. Sin ir más lejos, este mismo caso de aquí te lo prueba. Al señor no le ocurrió nada... y yo, en cambio, conocí a sus hijas, que son dos verdaderas preciosidades. ¡Sobre todo una de ellas!

Octavio. ¡Haber empezado por ahí!

Pablote. Como que más que a cumplir con el padre—de ti para mí—, vengo a ver si la veo.

Octavio. Pues lo que te ruego es que, si sale ahora, no vayas a pegar la hebra y a entretenerme demasiado.

Pablote. ¡No, hombre! Descuida.

Octavio. Mi prisa es una cosa seria.

Pablote. Descuida. ¡Aquí está la muchacha!

Octavio. *Viéndola llegar, sorprendido.* ¿Eh?

Vuelve Leopoldina por la derecha.

Pablote. Señorita...

OCTAVIO. Señorita...

LEOPOLDINA. Señores... Desde la terraza de enfrente vi parar el coche a la puerta de casa, y no he querido dejar de llegarme...

PABLOTE. ¿Temió usted, quizás, que hubiese atropellado a otra persona de su familia?

LEOPOLDINA. ¡No! ¡Qué disparate! Eso no será para todos los días, digo yo.

PABLOTE. Ni estaría bien tampoco tomarla con una familia tan simpática. Paso por El Escorial con este amigo, y vengo un instante a saber si se me guarda rencor todavía.

LEOPOLDINA. Ninguno.

PABLOTE. ¿Ni siquiera aquella señora que me puso verde, y que me dijo que tenía en su pueblo un coche con dos mulas que no lo cambiaba por cien *autos*?

LEOPOLDINA. Ni aun ésa. Como no fué más que el susto, afortunadamente...

PABLOTE. Sí; la guardesa ya me ha tranquilizado por completo. Ha ido a avisarle a su papá de usted...

LEOPOLDINA. Papá no sé si habrá salido. Para poco en casa... Me parece que hoy está en Zarzalejo. Ahora vendrá mi tía. Siéntense ustedes.

PABLOTE. Mil gracias. No nos podemos detener. Estamos muy de prisa. ¿Verdad, Octavio? Y ¿me conoció usted apenas vió el coche?

LEOPOLDINA. Reconocí primero el coche... Y luego, es claro...

PABLOTE. ¡Oh, el coche! ¡El coche es el mejor coche de Madrid! Sencillamente.

OCTAVIO. ¡Qué honor, ¿verdad? para los atropellados!

Ríen los tres.

PABLOTE. Yo he empezado a ser alguien desde

que tengo coche. Antes era un quídam. El coche me ha dado personalidad.

OCTAVIO. ¿Y a mí, señorita, no me reconoce?

LEOPOLDINA. ¿Cómo? ¿Venía usted también aquella tarde?...

OCTAVIO. No. Es esta la primera ocasión en que tengo el gusto de hallarme en su casa de usted, gracias, por cierto, a este querido amigo-coche.

PABLOTE. ¡Búrlate encima, no seas tonto!

OCTAVIO. Pero no es la primera vez que usted y yo hablamos.

LEOPOLDINA. ¿Yo con usted?

OCTAVIO. Usted conmigo. Si yo no estuviera convencido de mi vulgaridad, esta prueba me anonadaría. Sí, señorita: una noche, inolvidable para mí, hace ya... dos años corridos...

LEOPOLDINA. ¡Ah!...

OCTAVIO. En la terraza del Casino de San Sebastián estuvimos charla que charla hasta el amanecer... ¿Lo recuerda?

PABLOTE. ¡Qué pretensiones! ¿Cómo ha de acordarse al cabo del tiempo?

LEOPOLDINA ¿Está usted seguro de que era yo?

OCTAVIO. ¡Segurísimo! No soy capaz de confundir la belleza de usted con ninguna otra. Me llamo Octavio Reina.

LEOPOLDINA. Octavio Reina...

PABLOTE. ¡Ahora se acuerda menos!

OCTAVIO. Hombre, no seas ganso. Había usted cenado aquella noche con los condes de Mombeltrán...

LEOPOLDINA. ¡Ah, ya!... ¡Sí!... ¡Acabáramos!

OCTAVIO. Usted es de la familia de don Antolín de la Huerta, ¿no?

LEOPOLDINA. ¡Y tanto! Es mi padre.

PABLOTE. ¡No puede ser más de la familia!

OCTAVIO. ¿Precisamente la persona atropellada por este cernícalo?

LEOPOLDINA. Precisamente.

OCTAVIO. *Reconviniéndolo.* Pero, Pablote, ¡cómo vas por esas carreteras!

PABLOTE. ¡Como me mandan los amigos! ¡A ver hoy quién me ha dado a mí prisa! Además, lo que te dije antes: mira si tengo buena mano. Sin ese atropello, ¡quién sabe si no habrías vuelto nunca a ver a esta muchacha!

LEOPOLDINA. Que ahora no ha podido estar más torpe... Lo declaro... Ve una tantas caras distintas... Vive una tan aturdida siempre... Usted me perdona, ¿verdad?

OCTAVIO. No hay de qué, ¡por Dios! Tan natural era que usted me olvidase... como que yo no la olvidase a usted.

LEOPOLDINA. Muchas gracias... ¿De veras no se sientan un rato?

PABLOTE. Este trae mucha prisa.

OCTAVIO. Sí; pero no tanta que... *Siéntase junto a Leopoldina.* Con mil amores.

PABLOTE. ¡Vaya! Nos sentaremos.

LEOPOLDINA. Ahora saldrá mi tía. No sé cómo ya no ha venido.

OCTAVIO. Ni se preocupe usted.

LEOPOLDINA. ¿Usted veranea en El Escorial?

OCTAVIO. ¡Qué más quisiera yo! No veraneo en ninguna parte.

LEOPOLDINA. ¿Se queda en Madrid?

OCTAVIO. ¡Tampoco!

PABLOTE. Va de aquí para allá, como una maleta.

LEOPOLDINA. Pero ¿es usted viajante?

OCTAVIO. Hoy por hoy soy secretario particular de Sequeros Miranda.

LEOPOLDINA. ¿El ministro?

Octavio. ¡Que me va a producir una neurastenia agudísima!

Leopoldina. ¿Mucho trabajo?

Octavio. No es en rigor mucho trabajo... Son cien mil pequeñeces diarias que abruman, que agotan, que consumen al más activo... ¡Un horror! Yo no tengo un minuto para mí. Cartas, telegramas, comisiones, visitas, entierros...

Pablote. Bautizos...

Octavio. No seas majadero, Pablote, que estoy hablando con formalidad.

Pablote. Este *cuple* del secretario multiforme nos lo canta a los amigos todos los días.

Octavio. No le haga usted caso. Ni puedo atender a mi bufete, ni a mis aficiones predilectas, ni pasear una hora tranquilo, ni hacer nada, en fin, que signifique un gusto personal. Soy peor que un esclavo. ¡Un esclavo que parece libre y no lo es! Vivo desparramado, consumiendo mi tiempo en cosas que no le aprovechan a nadie. Ni siquiera al ministro a quien sirvo.

Leopoldina. Pues ¡déjelo usted!

Octavio. No puedo. Y gracias si, de cuando en cuando, el azar me ofrece una compensación como ésta.

Leopoldina. ¿Adónde van ustedes?

Octavio. A Guadarrama. Esta noche cena allí el ministro con su familia, y me encargó que si llegaba al Ministerio alguna cosa urgente se la llevara. Y ha llegado, como no podía menos. Le voy a dar la cena.

Leopoldina. Y ¿es urgente? Mi padre dice que lo urgente no existe.

Octavio. ¿No, eh? Pues dígale usted que se vaya conmigo dos horas a la secretaría.

Pablote. Oye, tú, a propósito: ¿no te estarás entreteniendo demasiado?

Octavio. No.

Pablote. ¡Como no querías ni apearte!...

Octavio. Han cambiado las cosas.

Pablote. ¿Qué?

Octavio. Mira desde ahí tú si pasa el coche del ministro.

Pablote. ¡Pero, hombre! ¡Es el colmo!

Octavio. *A Leopoldina.* ¡Lo que aquella noche charlamos!... ¿De qué se ríe usted?

Leopoldina. De nada... de eso... de lo que charlamos aquella noche. ¿Encuentra usted algún cambio en mí?

Octavio. ¿Por qué me lo pregunta?

Leopoldina. Por curiosidad...

Octavio. Pues no... no encuentro cambio alguno... El peinado, quizás... Cualquiera que sea, la ha embellecido a usted más aún...

Leopoldina. ¡Qué galante! ¿Se miente mucho en la secretaría?

Octavio. En la secretaría, mucho. Fuera de ella...

Leopoldina. ¿No se sale de allí contagiado?

Octavio. ¡Quiá! ¡Se sale ahogado de la farsa! ¡Deseando una ocasión en que hablar de verdad! Como ésta, por ejemplo.

Pablote. ¡Ahí la llevas, Octavio!

Octavio. ¿Qué?

Pablote. ¡La cafetera de tu jefe!

Octavio. ¡No me asustes!

Pablote. Oye la bocina: ¡Criiii... sis! ¡Criiii... sis!

Leopoldina. ¡Qué buen humor tiene su amigo!

Octavio. ¡Ay, si fuera profética la bocina!

Pablote. *Viendo aparecer a doña Regla por la izquierda.* ¡Oh! La señora del cochecito de mulas... A los pies de usted.

Doña Regla. Señores...

Octavio. Señora mía...

Doña Regla. Leopoldina, ¿tú aquí?

Leopoldina. Vi llegar desde casa de Obdulia el coche del señor, y como temía que papá no estuviese...

Doña Regla. Y no está, no: está en Los Molinos. ¡De merienda!

Pablote. Mi intención no era otra que saludarlo y pedirle nuevamente disculpa. Ya me han dicho que en esta casa estoy perdonado hasta por usted.

Doña Regla. Desde luego. Pero exijo propósito de enmienda. Acostúmbrese usted a caminar más despacito.

Pablote. Se lo prometo formalmente.

Doña Regla. Sobre todo para ir a tomar chocolate en Torrelodones.

Leopoldina. Eso es lo que indigna a mi tía.

Pablote. Pues hay una agravante espantosa.

Doña Regla. ¿Cuál?

Pablote. ¡Que a mí no me gusta el chocolate! Me comprometieron...

Doña Regla. ¿Le parece a usted? ¡Merecía usted que lo atropellara su propio coche! A la velocidad que usted iba la tarde aquella no deben ir nunca, si acaso, sino los médicos o los bomberos. No saco a nadie más.

Octavio. Yo, señora, tengo que celebrar lo ocurrido de todas maneras, ya que, merced a ello, he reanudado una amistad muy grata.

Doña Regla. ¿Sí?

Octavio. Conocí hace dos años a su sobrina de usted en San Sebastián, y hasta ahora no había vuelto a verla. Y esta casualidad dichosa...

Pablote. ¡Dichosa ha dicho!

Octavio. He dicho dichosa, con perdón de los cardenales de su hermano de usted, porque no ha habido mayor desgracia, y porque repito que ten-

go a dicha haber hallado a su sobrina de nuevo.

Doña Regla. Es usted muy amable.

Octavio. Después de lo cual, señora mía, lo que lamento es no poder prolongar esta visita siquiera un rato más. Tengo necesidad imprescindible de marcharme sin pérdida de tiempo.

Doña Regla. Puesto que es usted amigo de Leopoldina...

Octavio. ¿De quién?

Doña Regla. De Leopoldina.

Octavio. ¡Ah! ¿usted se llama Leopoldina?

Leopoldina. ¡Desde antes de nacer!

Octavio. Estaba yo confundido de nombre.

Doña Regla. Decía que, puesto que es usted amigo de ella, yo le ofrezco esta casa complacidísima. Puede usted venir cuando guste.

Octavio. Muy agradecido.

Pablote. Y ¿yo no?

Doña Regla. ¡Claro que usted también!

Leopoldina. ¡No faltaría más!

Pablote. ¡Es que si no, había hecho un pan como unas hostias!

Ríen todos.

Octavio. En fin, Pablote...

Pablote. A tus órdenes, secretario.

Octavio. *Despidiéndose.* Señora... Octavio Reina... Ya me tomaré la libertad de volver, para saludar y ofrecerme al dueño de la casa, a quien admiro tiempo hace.

Doña Regla. Yo se lo diré así.

Pablote. Adiós, señora.

Doña Reglá. Adiós, caballero.

Octavio. Leopoldina...

Leopoldina. ¿Se le olvidará a usted el nombre de aquí a otra vez?

Octavio. No es fácil. Ni dejaré pasar tanto

tiempo... para que no se olvide usted de mí.

Pablote. A sus pies, Leopoldina.

Leopoldina. Beso a usted la mano.

Octavio. Adiós.

Leopoldina. Adiós.

Doña Regla. Adiós, señores.

Se retiran por la derecha Pablote y Octavio.

Leopoldina. *A su tía, apenas los dos vuelven la espalda.* ¡Ahora le diré a usted lo más gracioso!

Doña Regla. ¿Lo más gracioso?

Leopoldina. Usted lo verá. *Va un poco hacia la derecha y vuelve.* Ya se fueron.

Doña Regla. Es simpático ese muchacho. Y parece fino. ¿Dónde me ha dicho que lo conociste?

Leopoldina. ¡Eso es lo más gracioso! ¡Yo no lo he visto hasta esta tarde! ¡Me ha confundido con Dolores!

Doña Regla. ¿Con tu prima?

Leopoldina. ¡Sí! Por lo visto, habló con ella en San Sebastián una noche, estaría alegrillo, y como nos parecemos tanto Dolores y yo, me ha tomado por ella. ¡Y si no llega a venir tan de prisa, se me declara! ¡Porque me parece un poco inflamable! ¡Y eso sí que hubiera sido un paso! Se lo voy a contar a Obdulia.

Doña Regla. Pero ¿por qué no lo has sacado de su error, muchacha?

Leopoldina. ¡Porque no he querido ser cruel! ¿Usted sabe?... ¡Después de decirme que él era incapaz de confundir mi belleza con ninguna otra! ¡Se suicida aquí mismo! Y si le añado que la dama de la terraza del Casino está ya casada y tiene dos mellizas, ¡calcule usted! ¡Voy a contárselo a Obdulia, para que se ría!

Doña Regla. Cuéntaselo, sí; que Obdulia lo creerá sin dificultad, porque es tan sin seso como tú...

LEOPOLDINA. ¡Ja, ja, ja!

Márchase por la derecha riendo, a la vez que llegan, precipitadamente, Estela y doña Lourdes. Ésta se deja caer en la primera silla que encuentra.

ESTELA. ¿De qué se va riendo Leopoldina?

DOÑA REGLA. ¡De que ha estado a punto de recibir una declaración por carambola!

ESTELA. ¿Ah, sí? ¿Y Manolo? ¿No ha venido Manolo?

DOÑA REGLA. ¡Ha ido en tu busca a la Herrería!

ESTELA. Es verdad, que le dije a usted... Pero me arrepentí en Floridablanca y echamos para la estación, por salirle al encuentro.

DOÑA REGLA. Él ha venido en *moto.*

ESTELA. ¿Ha venido en *moto?* ¡Claro! Así no lo he visto. ¡Al diablo se le ocurre! ¡Pues tiene para toda la tarde buscándome a mí en la Herrería!

DOÑA REGLA. Vete tú para allá, mujer. Si no está cansada doña Lourdes.

DOÑA LOURDES. *Con timidez.* No; por mí no...

ESTELA. Nos quedaremos en la carretera. Llegaremos hasta la Fuente nada más. *Doña Lourdes ahoga un suspiro.* Si vuelve ese tonto, dígaselo usted, tía. En la carretera me tiene. ¿Vamos, doña Lourdes?

DOÑA LOURDES. *Levantándose a duras penas.* Vamos, Estelita. *Entre sí.* ¡Nos quedaremos en la carretera!

Se van por la izquierda, una detrás de otra.

DOÑA REGLA. ¡Qué pareja de tórtolos! Siempre andan así: sin encontrarse. ¡En Las Canteras les ponían «el ratón y el gato»! *A don Benitito, que pasa como una exhalación de izquierda a derecha:* ¿Qué es eso, Benitito?

DON BENITITO. ¡Que viene ahí el famoso Pinilla, y lo voy a detener a la puerta!

Doña Regla. ¿Va usted a decirle que Antolín está en Ávila?

Don Benitito. No, señora; porque trae *moto* y es capaz de plantarse allí. ¡Y es mucho esquinazo! ¡Le diré que está en Covadonga! *Sigue corriendo su camino.*

Doña Regla. ¡Jesús, Jesús!... ¡Qué casa!... ¡Qué vida!... ¡Qué tiempos!...

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Antesala en casa de don Antolín, en Madrid. Sendas puertas a derecha e izquierda, en primer término. Al foro, galería de cristales. Muebles elegantes, sin ser lujosos.
Ha pasado el verano. Estamos en una tarde de octubre.

Doña Lourdes, sentada en la galería, muerta de sueño, cabecea leyendo un librito. A primera vista parece que asiente a lo que lee; pero, en realidad, es que se duerme a chorros.

Don Antolín, sin temer que nadie lo importune por el momento, cambia impresiones con don Benitito.

Don Antolín. ¿Vienes de la calle?

Don Benitito. Sí, señor.

Don Antolín. ¿Hace fresco?

Don Benitito. No. Es un hermoso día. A la puesta del sol sí refrescará.

Don Antolín. Entonces, mejor se está en casa. No salgo.

Don Benitito. Pero ¿va usted a seguir en Madrid, y en el mes de octubre, la misma vida de molusco que en El Escorial?

Don Antolín. No sé qué te sorprende: es la que llevo hace muchos años.

Don Benitito. Pero extremándola por días, don Antolín.

Don Antolín. Por horas. A mi edad y circuns-

tancias, la humanidad con quien quiero tratarme la llevo conmigo.

A mis soledades voy,
de mis soledades vengo...

DON BENITITO. Pues no hace usted del todo bien; y perdóneme que se lo diga.

A doña Lourdes se le cae al suelo el librito.

DON ANTOLÍN. ¿Qué ha sido?

DON BENITITO. *Mirando a la señora, con lástima.* El librito de doña Lourdes... Se conoce que lo ha terminado y no le gusta. *Se acerca a ella, recoge el librito y trata de hablarle en voz baja; pero la infeliz no lo oye.* Doña Lourdes, doña Lourdes... Sí, sí; a otra puerta. ¡Como de tres días! *Deja el libro a su lado.*

DON ANTOLÍN. ¡Pobre señora!

DON BENITITO. Usted imagine: volvieron anoche de un estreno en el Español a las dos y media de la madrugada; y esta mañana, a las ocho, ya estaban en la calle. Estelita la mata.

DON ANTOLÍN. La mata. ¡Ya lleva dos! Y ¿qué tal resultó el estreno?

DON BENITITO. Parece que muy largo. Un crítico dice que es comedia para leída.

DON ANTOLÍN. ¿Sí, eh? Pues en donde pone *leída,* pon tú *desleída*, y acertarás.

DON BENITITO. ¡Je! Otro se mete con el público y dice que no es obra para la masa, sino para elegidos.

DON ANTOLÍN. Y ¿no dice quién los elige?

DON BENITITO. Yo supongo que será el autor. ¡Es lo que le tiene más cuenta!

DON ANTOLÍN. En fin, de buena me libré. Porque Estela quiso llevarme. ¿Llaman al teléfono?

DON BENITITO. Sí. Voy a ver quién es.

DON ANTOLÍN. ¡Cuidado! ¡Yo me he ido a la Moncloa!

DOÑA LOURDES. *Despertando un poco asustada.* ¿A la Moncloa? ¿Ahora a la Moncloa?

DON BENITITO. ¿Eh?

DOÑA LOURDES. ¿Vamos a la Moncloa?

DON BENITITO. *Sonriendo.* No, doña Lourdes, no. Esté usted tranquila.

DOÑA LOURDES. *Disimulando su turbación.* ¿Y mi libro?

DON BENITITO. Ahí lo tiene usted. Voy al teléfono.

DON ANTOLÍN. ¡Cuidado, Benitito!

DON BENITITO. ¡Ya estoy! ¡No necesita usted prevenirme! Si es Chavela, en Valladolid; si es Bellido, en Burgos; si es Pinilla, en Irún.

DON ANTOLÍN. Si es Pinilla, *pásame* la frontera.

DON BENITITO. ¡Inútil todo! ¡Pinilla lo ve a usted! ¡Esto es viejo!

DON ANTOLÍN. ¡Quiá!

DON BENITITO. ¡Es la lucha entre la araña y el mosquito! *Vase hacia la izquierda del actor, por la galería.*

DON ANTOLÍN. ¿Qué libro es ése, doña Lourdes?

DOÑA LOURDES. *Medio despertando de nuevo.* ¿Cómo?

DON ANTOLÍN. ¿Qué libro es ése?

DOÑA LOURDES. Una novela que me ha dado a examinar doña Regla, para saber si pueden leerla las muchachas.

DON ANTOLÍN. ¡Sí podrán leerla!

DOÑA LOURDES. ¡Psché!... Si no les da sueño, como a mí, no veo inconveniente.

DON ANTOLÍN. ¿Cómo se titula?

DOÑA LOURDES. *El robo del ópalo real.*

DON ANTOLÍN. ¡Eso debe de ser interesantísimo!

DOÑA LOURDES. Para las chicas...

Vuelve don Benitito.

DON BENITITO. Era Chavela.

DON ANTOLÍN. Me lo figuraba. ¡Chavela! ¡El genial! ¡El bohemio! ¡Qué hombre ése! ¡Qué cosas las suyas!

DON BENITITO. Empeñado en que le dé usted hora.

DON ANTOLÍN. ¡Claro! En eso estoy pensando. Tú ¿has leído la carta?

DON BENITITO. No, señor. ¡La sé de memoria sin leerla!

DON ANTOLÍN. Me dice que no le sermonee; que es incorregible; que quiere *vivir su vida.* ¡Genial que es el muchacho! Sólo que yo sé que todos estos que quieren *vivir su vida,* no le pagan a nadie. Y como da la casualidad de que me pide quinientas pesetas, he resuelto que *viva su vida*, pero con dinero de otro.

DON BENITITO. ¡Bastante le ha dado usted ya!

DON ANTOLÍN. ¡Toma! ¡Por eso sé bien que no paga! Voy yo a *vivir la mía*, Benitito. Sablazo que paro, dinero que deposito en una hucha. Será lo más saneado que hereden mis hijas. *Vase por la puerta de la izquierda.*

DON BENITITO. ¡Je! ¡Qué original es este hombre! ¿Ha oído usted, doña Lourdes? *La buena señora da una cabezada.* ¿Ha oído usted? ¡Ca! ¡Si es que está otra vez en brazos de *Orfeo*, como decía el otro! ¿Quién será el autor del librito? *A Estela, que viene por la derecha de la galería:* Pero ¿qué milagro es éste, muñeca? ¿Tú en casa a estas horas?

ESTELA. Hay que ponerse en todo, Benitito. Fuí anoche al teatro; he salido esta mañana de tiendas; he salido a paseo después de almorzar; pienso volver al teatro esta noche... Si ahora salgo también... ¡le da calentura a la tía Regla!

Don Benitito. Le da. ¡Y no te digo nada de doña Dengues!... *Señala a doña Lourdes.*

Estela. De eso no me ocupo. ¡Se duerme en la punta de un sable! Anoche en el estreno nos reímos Hortensia y yo lo que no es para dicho. En un momento de silencio dió un ronquido que fué un aplauso. El único que hubo.

Doña Lourdes. *Más en el otro mundo que en éste.* Que estoy despierta, señorita; que me estoy enterando...

Estela. Y ¿se ha enterado usted de que no salimos esta tarde?

Doña Lourdes. *Levantándose como por resorte.* ¿No salimos?

Estela. ¡Ahora es cuando está usted despierta! Leopoldina saldrá con usted. Pero en el coche de Cocó Sánchez Silva, que vendrá por ella para ir al paseo. Podrá usted dormir a sus anchas.

Doña Lourdes. *A don Benitito.* ¡Tiene la manía de que me duermo en todas partes!

Don Benitito. ¡Cosas de chiquilla! ¿Le va usted a hacer caso a este gorgojo?

Sale Leopoldina por la puerta de la izquierda.

Leopoldina. Benitito, ¡la gran noticia! ¡Acabo de dársela a papá!

Don Benitito. A ver.

Leopoldina. ¡Está firmada la credencial del pobre Calvete!

Don Benitito. ¿Qué me dices?

Leopoldina. ¡Y nos la van a traer en el acto!

Don Benitito. ¿De veras? Pero ¿por quién lo sabes?

Leopoldina. ¡Por el secretario del ministro! ¡Nada más! ¿Es buena tinta?

Don Benitito. ¡No puede ser mejor! ¡Pobre Calvete! ¡Qué me alegro!

Doña Lourdes. Y ¡qué alegría en la casa! ¿verdad?

Estela. ¡Figúrese usted! ¡Vuelve a funcionar la despensa!

Don Benitito. ¡Don Antolín estará como loco! ¡Lo quiere como a hermano! Voy, voy a verlo. ¡Pobrecillo Calvete!... *Vase por la puerta de la izquierda.*

Estela. ¿De manera que el secretario...?

Leopoldina. Ahí lo tienes, hija. Llamó por teléfono, me pensé yo que sería Cocó, fuí al aparato... y era él.

Estela. Eso es suerte.

Leopoldina. ¿Suya o mía?

Estela. De los dos. Pero, oye, dime: ¿desde la tarde de El Escorial no has vuelto a verlo?

Leopoldina. A verlo, sí; dos veces, desde lejos; a hablarle, no. Hasta ahora.

Estela. Entonces, ¿todavía no sabe a punto fijo con quién está tratando?

Leopoldina. Todavía no lo sabe. Justamente desde San Sebastián me puso una postal hace quince días, recordando la noche aquélla.

Estela. ¡La cara de ese hombre cuando le descubras el pastel!

Leopoldina. Hoy mismo voy a verla. Será curiosa. Así que me entregue la credencial, le daré las más cumplidas gracias... en nombre de la prima.

Estela. ¡Se te cae de boca! Y ¿qué es lo de Calvete?

Leopoldina. ¿Lo de Calvete? ¡La prueba más clara de que a ese muchacho le gusto! ¡Le gusta Dolores!

Estela. ¡Ja, ja, ja!

Leopoldina. En el ministerio se han creado cinco plazas de técnicos... de yo no sé qué; se han presentado cerca de mil solicitudes; pasan de seis mil las recomendaciones, y papá le escribió a Sequeros Mi-

randa, para que no quedase por él, aunque sin esperanza de que una de las brevas le cayera al infeliz Calvete. Pero cátate tú que ve la carta de papá el secretario; le acusa recibo de su puño y letra en nombre del ministro. . y se conoce que dice para sí, como los matadores; «Fuera gente: ahora me luzco yo.» ¡Y se ha lucido! ¡Él en persona va a traernos la credencial! A *traérnosla* ha dicho.

ESTELA. A ti... y a papá, claro es.

LEOPOLDINA. ¡Claro como el agua!

ESTELA. ¿No sales, por lo tanto? ¿Cambias de plan?

LEOPOLDINA. ¿Qué he de hacer, criatura? ¡Con esa visita anunciada!

ESTELA. ¡Pues entonces yo también cambio el mío! ¡Quedarnos en casa las dos es una sosera!

El semblante de doña Lourdes se nubla.

LEOPOLDINA. Pero ¿no le escribiste a Manolo que lo esperabas?

ESTELA. Sí; pero se le telefonea que me busque en el *cine. A don Benitito, que vuelve por donde se marchó:* A propósito, Benitito.

DON BENITITO. ¿Qué quieres, reina?

ESTELA. ¿Adónde vas?

DON BENITITO. A casa de Benigno Calvete, a llevarle la grata noticia. ¡Nos ha conmovido a tu padre y a mí! Como que ayer tuvimos carta suya anunciándonos un nuevo servidor. ¡El octavo de la segunda serie!

ESTELA. Pues de paso te llegas al Príncipe Alfonso, y si dan esta tarde la cinta de «Los ojos del enterrado vivo», me tomas tres butacas y las dejas en la taquilla a mi nombre.

DON BENITITO. Se hará como lo pides. ¿Algo más?

ESTELA. Nada más.

DON BENITITO. ¡Poco que me gusta a mí llevar

buenas noticias! *Se va por la puerta de la derecha, radiante de gozo.*

Estela. Doña Lourdes, ya lo ha oído usted. No es en casa, pero la tarde será tranquilita. Voy a arreglarme un poquitín.

Leopoldina. Anda, yo también voy a perfilarme.

Estela. Tú con doble motivo. ¡Porque para mí que el secretario te ha flechado!

Leopoldina. No lo sé todavía. Deja que lo vea más despacio y te contestaré. Porque, chica, ¡se me borra la cara!

Se van las dos por la galería hacia la izquierda.

Doña Lourdes vuelve a sentarse.

Doña Lourdes. ¡Mi gozo en un pozo! Y ¡menos mal si vamos al *cine!*... Estoy que me caigo... ¡y no lo puedo disimular! A los Carnavales no llego. *Bosteza libremente.* Vamos a hincarle el diente a otro capítulo mientras la niña se compone. *Torna a la lectura, y a los primeros renglones se duerme como antes.* «El barón de Stoc había ido aquel año a Escocia a cazar codornices... La marquesa del Rin había salido para Génova... Pablo Cadillac estaba en California... La pequeña Otilia en su *yacht* de recreo...» ¡Jesús! Me mareo con tanto viaje... Ya no sé dónde se ha quedado el de las codornices... *Vuelve a cuajarse la infeliz.*

Poco después, por la puerta de la derecha, salen Octavio y Paula. Octavio trae en la mano una gran cartera, donde guarda documentos preciosos. Paula es una doncellita de la casa, de muy buen ver, por de prisa que se la mire.

Paula. Pase usted aquí, caballero. Avisaré al señor.

Octavio. *A doña Lourdes.* Buenas tardes, señora.

Paula. ¡Oiga! ¡Se ha dormido! Es la señora que

acompaña a las señoritas. *Llamándola.* ¡Doña Lourdes! ¡Señora!

OCTAVIO. Déjela usted.

PAULA. ¡No vaya a soñar en voz alta!

DOÑA LOURDES. *Despertando de pronto y dándose cuenta de la situación.* ¿Eh?... ¿Qué?... Buenas tardes...

OCTAVIO. Muy buenas tardes.

PAULA. Este señorito desea ver al señor.

DOÑA LOURDES. ¡Pues avísale!

PAULA. A eso iba, señora. *Márchase por la puerta de la izquierda.*

DOÑA LOURDES. *Turbada aún.* Lo que no sé es si don Antolín está en casa... Creo haber oído que se iba a la Moncloa... ¿Es usted por casualidad el señor Pinilla?

OCTAVIO. No, señora; no... Acabo de hablar por teléfono con la mayor de las dos hijas de don Antolín...

DOÑA LOURDES. ¡Ah, sí!

OCTAVIO. Y sé que él está en casa y que se me espera.

DOÑA LOURDES. ¡Sí, sí! Ya me he enterado... ya sé quién es usted. El secretario del señor Sequeros Miranda... Siéntese mientras salen...

OCTAVIO. Muchas gracias, señora.

DOÑA LOURDES. Yo fuí muy amiga de la esposa de don Federico.

OCTAVIO. ¿Sí, eh?

DOÑA LOURDES. Sí... ¡En otros tiempos! La piel de tigre que habrá usted visto en el despacho de él, se la trajo mi marido de América.

OCTAVIO. ¡Ah!...

DOÑA LOURDES. ¡Y el loro que se les murió!... ¡Que es raro que se muera un loro! Pero creo que una cocinera le dió una pelotilla de perejil porque le llamaba sisona... Aquí está ya don Antolín.

Sale éste, en efecto, por la puerta de la izquierda. Se ha puesto otras babuchas. Es todo lo que ha podido conseguir Leopoldina. Doña Lourdes, apenas empiezan a hablar él y Octavio, se desvanece por la galería como una sombra.

DON ANTOLÍN. ¡Mi señor don Octavio Reina!

OCTAVIO. ¡Señor mío!

DON ANTOLÍN. ¡No sé cómo expresarle a usted mi agradecimiento! Ya le escribiré a Sequeros Miranda. Este favor, y la molestia que usted se ha tomado, son inapreciables.

OCTAVIO. Nada de eso... La mejor voluntad...

DON ANTOLÍN. Conozco esa vida de ministerios, y sé todo lo que vale una credencial como esta que usted me proporciona. Pero, siéntese.

OCTAVIO. Con mucho gusto. *Entregándole el sobre.* Aquí la tiene usted.

DON ANTOLÍN. ¡Pobre amigo mío! Cae la gracia en persona dignísima, pero harto infortunada. Nació de cabeza... y no ha cambiado de postura. Esto es rocío del cielo, agua de mayo, pan bendito... Dios se lo pague a ustedes.

OCTAVIO. ¡Calle usted, señor don Antolín! Me considero, por mi parte, mucho más que suficientemente pagado con sólo oírlo a usted, y con el honor de hallarme en su presencia... ¡Usted se vende muy carito!

DON ANTOLÍN. ¡Tengo poco que ver!

OCTAVIO. ¡Modestia! ¡modestia! ¡Yo lo admiro a usted hace mucho tiempo!...

DON ANTOLÍN. ¿A mí? Pero ¿hay en mí algo que valga la pena de admirarse?

OCTAVIO. ¿No ha de haber? ¡Infinitas y muy raras virtudes! La primera de todas, esa modestia incomparable.

DON ANTOLÍN. ¡Qué modestia, hombre! Soy os-

curo... porque no puedo ser más claro. Ríase usted de modestias. No estoy en la batalla, porque me da miedo; porque no sirvo. Me asusta el plomo de las balas y el plomo de la letra de molde. En mi casa estoy bien.

Octavio. Eso no lo dudo: la compañía...

Don Antolín. ¡Ah! Por las chicas lo dice usted. Son cariñosas... son simpáticas... Ya sé que conoce usted a una de ellas...

Octavio. Sí, señor; tuve el placer de conocerla en San Sebastián; y luego, este verano...

Don Antolín. Sí, sí... Ya he oído comentar en la mesa... *Cambiando de conversación.* ¿Esta credencial le habrá costado a usted un triunfo?

Octavio. ¡Un triunfo! Sin jactancia. Me ha costado hasta disgustos de familia.

Don Antolín. ¡Hombre! ¡Qué lo siento!

Octavio. No lo sienta usted, porque por encima de todo está la satisfacción que yo tenía en servirle. El ministro me quiere mucho; vió mi interés loco, y se lió la manta a la cabeza por complacerme... y por la persona que lo pedía. Ya está hecho. Pero ¡no quiera usted saber! ¡Uno de los solicitantes ha llevado recomendaciones desde el Papa hasta mi ama de cría! ¡Horroroso!

Don Antolín. Sí, sí: me doy cuenta... Mentira parece que por un pedazo de pan... ¡Cómo está la vida! ¿Trabaja mucho Sequeros Miranda?

Octavio. ¡No lo dejan!

Don Antolín. ¿No lo dejan, eh? ¡Lo de siempre!

Octavio. Si se ocupa del ministerio, es en horas que le roba al descanso. En las horas normales juegan materialmente con él. Es de todos. Los periodistas, las comisiones, las conferencias, los banquetes... Ya se descubre alguna estatua, ya se funda algún nuevo centro, ya se entierra un pez gordo, ya se

inaugura una Exposición, ya se pone una primera piedra... ¡Y en todo ha de hallarse el ministro! ¡Y ha de retratarse! Sin contar con las Cortes...

DON ANTOLÍN. ¡Friolera!

OCTAVIO. Ese divertido pasatiempo que hay en España.

DON ANTOLÍN. Ese escaparate de pasiones y de intereses, que le cuelgan a la libertad entre sus conquistas. ¡Qué diferencia entre lo vivo y lo pintado!

OCTAVIO. Cierto. Mal recuerdo tiene usted de la Casa.

DON ANTOLÍN. ¡Malísimo! Como que la única vez que, por mis pecados, asomé por allí las narices, pensé: «A mí aquí me silban». Y me salí con ella: me silbaron. ¡Y me alegré luego! Yo no sé templar gaitas, ni hacer comedias, ni engañarme a mí mismo, en el caso mejor. Yo tampoco sé trabajar de prisa, espoleado por la esperanza febril de un triunfo inmediato, más o menos eficaz o legítimo. Yo no sé brindarle toros al *Sol*... que luego le cuestan muy caros al pobre país. Y tal como anda la tramoya, y tal como yo soy, he optado al cabo por quedarme en casa, como Cachupín.

OCTAVIO. Pues es bien sensible. Hombres de su casta necesitamos...

DON ANTOLÍN. ¿Para qué? En política no los hay más inútiles. Hace falta gente de ingenio, de chispa, de travesura, de mala intención, de *muleta*... como dicen ustedes. Cualquiera de ésos coge a uno de los de mi casta, que sea capaz de trabajar seriamente, lo *empitona* y lo manda al *hule*. Notará usted que no olvido el vocabulario.

OCTAVIO. ¡Ja, ja, ja! Pues a veces suena el nombre de usted para combinaciones probables...

DON ANTOLÍN. Sí... lo sé... Pero ¡averigüe usted con qué intención lo echará a volar cada uno! Lo

cual no quita que en ocasiones me halague el hecho... y aun me tiente. Sólo que la tentación dura poco. ¡Guarda, que es podenco! ¡Si sobre todos los males corrientes y molientes en la política se padece en España el más peligroso de todos: la fiebre del gobierno nuevo! ¿Para qué voy yo a aceptar ninguna cartera, si alguien me la ofreciese? ¿Para que me sorprenda la crisis sin haber contestado siquiera las cartas da felicitación?

Octavio. ¡Es usted un gran caricaturista!

Don Antolín. ¡No es caricatura; es fiel reflejo de la vida política entre nosotros! Vea usted la colección de cualquier diario, y fíjese en los títulos de los artículos de fondo de una semana tomada al azar. Domingo: «Crisis». Lunes: «Nuevo Gobierno». Martes: «Obras son amores...». Miércoles: «Un mal paso». Jueves: «Hacia el abismo». Viernes: «¡De mal en peor!» Sábado: «¿Qué pasa en Cádiz?» Domingo: «Crisis». ¿Usted cree que así puede hacerse nada por un país? ¿Usted cree que un Gobierno debe durar menos que unas botas? Por eso yo, casi siempre que principia el runrún de crisis, me doy a entonar por lo bajo una cosa que canta mucho mi hija Leopoldina:

Hagan sus combinaciones,
conmigo no cuenten...

Octavio. Lo oigo a usted encantado... ¡Habla usted con una sinceridad tan simpática!... Y, sin embargo, los que entramos en la vida ahora, aun reconociendo que todo eso sea como lo pinta usted, y aunque por el momento nos repugne, acabamos por aceptarlo y seguir adelante. Nos acostumbramos a respirar la atmósfera viciada. Es enfermedad de la época. ¿Hay mucho que hacer y poco tiempo para hacerlo? Pues se hace mal y aprisa, dure lo que dure, ¡y a vivir!

La serenidad y el reposo huyeron de este mundo. Si se para usted un instante a reflexionar, lo arrollan los que vienen detrás de usted, que traen más prisa, más hambre y menos escrúpulos.

Don Antolín. Evidente, evidente... Por fortuna, yo puedo caminar despacito por mi cuesta abajo...

¡Oh siglo del frangollo y del cemento!...

Así empezaba una epístola en verso que le dirigí a un camarada mío que vive en Londres. ¿Usted no conoce mi folletillo titulado *La vida aprisa*?

Octavio. No, señor.

Don Antolín. Hombre, pues le voy a dar a usted un ejemplar... ¡para que no lo lea, porque no tendrá tiempo! ¡Pero algo he de hacer con la edición!

Octavio. Descuide usted, que no me faltará ocasión de leerlo. Yo la buscaré.

Don Antolín. Es cosa ligera, no se piense... Cuatro chuscadas sobre esta excitación morbosa que aniquila a los hombres modernos... La vida, tan sabrosa, no se saborea... La naturaleza, tan hermosa, no se ve ni se ama... No existe, por nada ni ante nada, la delectación espiritual... Sostengo, a mi modo, que una cosa son la actividad y la diligencia, y otra muy distinta la prisa. Y por ahí adelante. Aconsejo a la juventud que no se extravíe en mil veredas, sino que encauce su poder y su agilidad hacia una sola cosa... Vejeces de un loro, como me llama la familia, porque le doy un picotazo a todo el que se acerca a mi jaula... ¡Je! Y concluyo con la afirmación de que así como la excesiva temperatura en el cuerpo no es salud, sino fiebre, la vida así, más que civilización, es barbarie. En fin, ya usted verá... Venga a mi despacho.

Octavio. ¡Complacidísimo!

Don Antolín. Le enseñaré algunos recuerdos muy curiosos...

OCTAVIO. Sí, señor.

DON ANTOLÍN. Es decir, ¡si no tiene usted mucha prisa!

OCTAVIO. ¡Aunque la tenga!

DON ANTOLÍN. Entonces, entre usted.

Sale por la puerta de la izquierda Leopoldina, a tiempo que van a marcharse por ella don Antolín y Octavio.

OCTAVIO. ¡Leopoldina! ¿Cómo está usted?

LEOPOLDINA. ¡Señor secretario! ¡Tanto bueno por esta casa!

OCTAVIO. ¡Y tanto! ¡y tanto!

DON ANTOLÍN. Dispensa ahora, nenita. Me lo llevo a mi despacho un segundo. Pase usted, Octavio.

OCTAVIO. Gracias. Perdón, Leopoldina.

DON ANTOLÍN. No es más que un segundo.

Se van los dos. Leopoldina mira curiosamente a Octavio mientras se aleja. Luego exclama:

LEOPOLDINA. ¡Creí que era mas moreno!... ¡Y más alto! ¿Será éste también un primo suyo?

Por la izquierda de la galería vuelven Estela y doña Lourdes, camino de la calle.

ESTELA. Chica, pero ¿hablas sola?

LEOPOLDINA. Mis motivos tengo.

ESTELA. ¿Tan pronto?

LEOPOLDINA. Calla, que está ahí. Es que me ha dado un chasco: lo recordaba más alto y más moreno.

ESTELA. Y qué, ¿no te gusta?

LEOPOLDINA. Me ha desconcertado un poquillo. ¡Se me va la cara de este hombre! ¡Acabo de verlo, y ya no sé cómo tiene la nariz!

DOÑA LOURDES. Dibújela usted luego en un papelito...

LEOPOLDINA. ¡Mira Doña Lourdes qué graciosa!

ESTELA. Es que va contenta, porque no me la

llevo a andar, sino al *cine*. ¡Ah! Ya se me olvidaba. Cuando venga Manolo dile que estoy allí: en el Príncipe Alfonso. Él ya sabe: en la taquilla quedará la butaca. Hasta luego.

Doña Lourdes. Hasta luego. Y hágame usted caso en lo del dibujito...

Leopoldina. ¡Vaya!

Doña Lourdes. ¿Sabe usted a quién se da un aire ese muchacho?

Leopoldina. ¿A quién?

Doña Lourdes. Al hijo de don Gervasio Reina.

Leopoldina. ¡Si es él!

Doña Lourdes. ¿Es él? ¡Así decía yo que me lo recordaba!

Estela. ¡Doña Lourdes, que llegamos tarde!

Doña Lourdes. Ya voy, ya voy.

Vase con Estela por la puerta de la derecha.

Leopoldina. *Cómicamente preocupada.* ¿Cómo tiene la nariz ese hombre?... ¡Jesús, qué fatiga!

Vuelve a salir Octavio.

Octavio. Su papá de usted me está dedicando uno de sus libros...

Leopoldina. ¿Cuál? ¿*La vida aprisa*?

Octavio. Ese; sí. Porque hemos estado charlando de este torbellino que nos arrastra a todos.

Leopoldina. Su manía y la de tía Regla.

Octavio. Con razón que les sobra.

Leopoldina. Bueno, señor secretario, yo le debo a usted un montón de gracias.

Octavio. ¿Pues?

Leopoldina. ¿Quiere usted que le regale el oído?

Octavio. ¡Ah! ¡Por la credencial!... No hable usted de eso, Leopoldina: el favor me lo han hecho ustedes a mí. Además, ¡la primera cosa que le pedía su padre de usted a *mi* ministro!... Y eso que, las cartas boca arriba, le confieso a usted ingenuamente

que mucho más que el prestigio del padre, con ser tanto, ha podido en este caso la cara de la hija.

LEOPOLDINA. Sabía que iba usted a tocar esa tecla. ¡Qué cortesano es usted! ¡Qué político!

OCTAVIO. Y ¿por político y por cortesano digo eso nada más?

LEOPOLDINA. Nada más.

OCTAVIO. ¡Entonces es que usted no sabe lo bonita que es!

LEOPOLDINA. Deje usted mi belleza.

OCTAVIO. No puedo. Desde San Sebastián... no puedo.

LEOPOLDINA. *Sonriéndose.* ¿Desde San Sebastián?

OCTAVIO. Y desde El Escorial más tarde.

LEOPOLDINA. ¡Pues, hombre, parece mentira!

OCTAVIO. ¿Por qué?

LEOPOLDINA. Porque más que buscarme, se diría que huye usted de mí.

OCTAVIO. ¡Jesús, qué herejía!

LEOPOLDINA. A las pruebas me remito, Octavio. Desde El Escorial hasta ahora... nos hemos visto de lejos, y gracias.

OCTAVIO. ¡Ah! Bien dice usted. Pero no culpe a mi voluntad, sino al pícaro ambiente. Va a haber que renegar de esta vida inquieta.

LEOPOLDINA. Nada, nada; pretextos, excusas. No reniegue usted de esta vida, que es muy agradable. Querer es poder... ¿No ha venido usted hoy?

OCTAVIO. Y ¿usted sabe por qué milagro he logrado venir?

LEOPOLDINA. Deje usted también esa posturita del hombre archimultiplicado, que ya como disculpa no sirve. Cuando se quiere ver a una amiga — sobre todo si nos ha impresionado tanto—, se la ve. Ahí tiene usted al gran Pablote. Me ha buscado y me ha visto cien veces.

Octavio. Tiene poco que hacer.

Leopoldina. Y no me ha dejado el hombre en paz... hasta que le di calabazas.

Octavio. ¿Cómo? Pero ¿ha tenido la osadía...? ¡Qué bruto!

Leopoldina. ¿Bruto? ¿Por qué? ¡Un hombre con ese automóvil va a todas partes!

Octavio. Eso sí. Ahora, que no a todas partes se llega a tiempo.

Leopoldina. ¡Claro! De eso se queja él, medio en broma. Dice que desde que usa un coche que corre tanto, llega siempre tarde.

Octavio. *Llevándose una mano a la nariz.* ¿Tengo algo en la nariz, Leopoldina?

Leopoldina. No...

Octavio. Me estaba pareciendo que se fijaba usted...

Leopoldina. Hombre, le miro a usted a la cara; y ¡como en medio está la nariz!...

Octavio. ¡Naturalmente! ¡Ja, ja, ja!

Leopoldina. ¡Ja, ja, ja!

Ríen los dos, contentos, viendo crecer mutuamente la simpatía. Pero sale don Antolín, credencial en mano, a aguarles la fiesta.

Don Antolín. Amigo Octavio.

Octavio. ¡Señor don Antolín!

Don Antolín. Usted no ha visto la credencial que me trae.

Octavio. ¿Cómo?

Don Antolín. Por fuerza se trata de un error. No está extendida a nombre de mi amigo.

Octavio. *Sobresaltado.* ¿Qué me dice?

Don Antolín. Véalo: Don Juan Manuel Sepúlveda y Coca. No tengo el honor de conocerlo.

Octavio. ¡Caray! ¿Que no es éste su recomendado de usted?

Don Antolín. No, señor.

Octavio. Pues ¿cómo se llama?

Don Antolín. Benigno Calvete de la Paz.

Octavio. De la Paz. ¡Buena paz nos dé Dios! Es la primera vez que lo oigo.

Don Antolín. ¿Es posible?

Leopoldina. Pero ¿es posible, Octavio?

Octavio. ¡Y tan posible! ¡No me lo explico! No sé lo que es esto. Ayer mismo vi yo las fichas, cuando se extendieron las cinco credenciales. Y la de usted decía: «Don Juan Manuel Sepúlveda y Coca. Recomendante: Don Antolín de la Huerta.» ¡No me lo explico!

Don Antolín. ¡Adiós mi dinero!

Leopoldina. ¡Pobrecillo Calvete!

Octavio. No, no, Leopoldina. Esto no queda así.

Don Antolín. ¡Tiene mala estrella ese hombre!

Octavio. ¡No queda así esto, don Antolín! ¡Faltaría otra cosa! ¡Es la plancha mayor que he hecho yo en mi vida, y soy una especialidad! ¡No queda así esto! ¡Ese señor Calvete tiene plaza! Digo, a no ser que ya se hayan repartido las otras credenciales... ¿Hay aquí teléfono?

Leopoldina. ¿No recuerda usted que ha hablado conmigo?

Octavio. Es verdad. ¿Quiere usted acompañarme, don Antolín?

Don Antolín. ¿Cómo no?

Octavio. Y no se preocupen ustedes. Su amigo se coloca. Si no en ese destino, en otro. ¡Porque de esta hecha alguien queda cesante en la secretaría! ¿Vamos al teléfono?

Don Antolín. Vamos.

Se van a escape por la galería, hacia la izquierda.

Leopoldina. ¡Qué rabia! ¡Demonio de equivocación! Con lo bien que iba ya el palique... ¡Este chico

se equivoca mucho! ¡Y aún no sabe la que le espera! ¡Esa sí que es gorda!

Llega por la puerta de la derecha don Benitito, muy risueño.

Don Benitito. Hola, perla oriental...

Leopoldina. Hola, Benitito. Traes cara de Pascuas.

Don Benitito. Contento que estoy. ¡Figúrate: vengo de casa de Calvete!...

Leopoldina. ¡Jesús!

Don Benitito. ¡Y he presenciado un cuadro de júbilo indescriptible! Ha llorado Calvete, ha llorado la mujer, ha llorado la suegra, han saltado los chicos, me han besado a mí en todas partes... ¡Un paso de comedia! Y les he dejado dos durillos para que celebren la cosa. ¿Qué menos? ¡Pobre gente!

Leopoldina. ¡Ay, Benitito, eres un santo! ¡Pero tú no sabes lo que ocurre!

Don Benitito. ¿Qué ocurre?

Leopoldina. ¡Pues que en el ministerio ha habido una equivocación, y a estas horas está la credencial de Calvete en el aire!

Don Benitito. ¡Chica!

Leopoldina. Así, así.

Don Benitito. ¡Qué cataclismo! ¡Se mueren todos del disgusto! ¿Para qué iría yo tan aprisa? ¡Me ha perdido mi buen deseo!

Tornan don Antolín y Octavio, agitadísimos.

Octavio. *A Leopoldina.* Lo peor de todo; lo que yo me temía: las credenciales se han repartido ya, y ninguna es para Calvete.

Don Benitito. ¡Horror!

Octavio. *Reparando en él.* Buenas tardes.

Don Benitito. Buenas tardes.

Octavio. ¡Y han salido las cartas a todos los recomendantes diciéndoles que están complacidos! ¡Un desastre! ¡Una bomba!

Leopoldina. ¡Vaya por Dios!

Octavio. Por supuesto, como haya aquí lo que ya presumo, una traición de escaleras abajo, lo que voy a decir en el ministerio lo van a oír ustedes desde aquí.

Don Antolín. No se excite usted demasiado.

Octavio. ¡Es que me va por la cabeza que uno de la casa estaba empeñado en favorecer a ese Sepúlveda y en jugármela a mí de puño! ¡No sabe quién soy yo!... Perdonen ustedes... Estoy un poco fuera de mis casillas... *Guarda en la cartera la credencial, contrariado y nervioso.* Voy allá.

Don Antolín. ¿No iba usted antes a enviar dos letras...?

Octavio. ¡Ah, sí!

Don Antolín. Este amigo las llevará en un soplo.

Don Benitito. ¡Desde luego!

Octavio escribe febrilmente con pluma estilográfica una tarjeta suya.

Don Antolín. ¡Mira que es sombra la de ese desgraciado!

Don Benitito. ¡Oh! ¡De higuera negra!

Octavio. Un sobre, ¿quién me da?

Don Benitito. *Dándole uno de su cartera.* ¡Como éste! Yo llevo siempre a prevención.

Octavio. Gracias. *Escribe.* Si no está el señor en su casa, que lo busquen.

Don Benitito. Lo buscaré yo mismo.

Octavio. Mejor será. Ahí tiene.

Don Benitito. Pierda usted cuidado.

Octavio. A escape, ¿eh?

Don Antolín. Toma un coche.

Don Benitito. Voy primero por mi paraguas, que empieza a chispear. *Vase corriendo por la galería, hacia la izquierda.*

Octavio. Adiós, Leopoldina...

LEOPOLDINA. ¡Cuánto siento todas estas molestias!...

OCTAVIO. ¡El que la armó, que la desarme! Les repito que no se preocupen. Yo estoy aquí dentro de diez minutos con la solución. Tengo abajo el *auto.* Hasta luego.

LEOPOLDINA. Adiós.

DON ANTOLÍN. Y un millón de gracias.

OCTAVIO. ¿Por aquí?

DON ANTOLÍN. Por aquí.

Se van por la puerta de la derecha.

LEOPOLDINA. *Dando rienda suelta a sus nervios.* ¿Le parece a usted? ¡Todo se conjura contra nosotros! ¿Es que no voy a poder hablar diez palabras seguidas con ese muchacho? ¿Es que no voy a poder decirle hoy tampoco que no está enamorado de mí, sino de mi prima? ¡Jesús! ¡Qué nerviosa me ha puesto el dichoso asunto! Pero ¡qué nerviosa! ¡Yo estoy muy nerviosa!... ¡Yo voy a asomarme al balcón a que me dé el aire!...

Va a irse por la izquierda de la galería, cuando por la puerta de la derecha viene doña Regla, un tanto sorprendida por lo que ha visto y lo que ve.

DOÑA REGLA. ¿Tú también, Leopoldina?

LEOPOLDINA. *Volviéndose un momento a ella.* ¿Cómo?

DOÑA REGLA. ¿Qué pasa aquí, que todo el mundo está revuelto? Ese muchacho iba sin ver: tropezó conmigo; se llevaba un sombrero que no era el suyo... Tu padre lo ha despedido haciendo mil visajes... Tú pareces loca... ¿Qué pasa?

LEOPOLDINA. ¡Que se lo cuente a usted papá, que yo necesito tomar aire en seguida! *Sigue su camino y desaparece.*

DOÑA REGLA. ¡Criatura!... ¿No digo? ¿Qué habrá sido ello? *A don Antolín, que cruza de la puerta de*

la derecha a la de la izquierda: Oye, Antolín, ¿quieres decirme qué sucede?

Don Antolín. Ahora vengo; ahora te contaré. ¡Consecuencias de este desbarajuste en que vivimos! *Vase.*

Doña Regla. Ya, ya. *A don Benitito, que vuelve con su paraguas por donde se marchó, y pasa corriendo hacia la derecha:* ¿Adónde va usted?

Don Benitito. *Parándose, asustado.* ¿Qué?

Doña Regla. Que ¿adónde va usted tan aprisa, con paraguas y sin sombrero?

Don Benitito. El sombrero lo tengo en el vestíbulo, señora; pero yo no sé adónde voy.

Doña Regla. ¡Pues cuando no sabe uno adónde va, no necesita correr tanto!

Don Benitito. Iba a ver si cogía por los pelos al señor de Reina.

Doña Regla. ¡Al señor de Reina un galgo no lo alcanza!

Don Benitito. Calcule usted que me ha dado esta tarjetita para que la lleve a escape a su destino, ¡y no entiendo la dirección! ¿Qué dice aquí? ¿Castellón, Castellar, Castilla o Castellana? ¡Y tampoco entiendo el apellido del sujeto! ¡Claro no veo más que el número 9! ¡Lleve usted volando una carta en Madrid al número 9!

Doña Regla. ¡La manera de hacer las cosas, señor! ¡Luego dicen que una está en el siglo pasado! En cuanto yo vi que ese joven es de los que llevan el tintero asomado al bolsillo del chaleco, dije para mí: «Este no hace nada a derechas.» ¡El tintero se tiene en la mesa de escritorio, que es donde deben escribirse las cartas!

Aparece Paula por la izquierda de la galería.

Paula. Pregunta el señorito don Manolo por teléfono...

Don Benitito. ¿Quién es el señorito don Manolo?

Doña Regla. ¡El novio de Estela será! ¡Usted también!

Paula. Sí, señora. Pregunta que dónde podría él encontrar ahora mismo a la señorita.

Doña Regla. Dile que aquí; que esta tarde no sale de casa.

Don Benitito. ¿Cómo que no sale, si está en el *cine?*

Doña Regla. ¿Que está en el *cine?*

Don Benitito. ¡Se ha ido con doña Lourdes!

Doña Regla. Pero ¡si me dijo que iba a quedarse!

Don Benitito. ¡Pues no se ha quedado!

Doña Regla. ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Dichoso *cine!*

Don Benitito. *A Paula.* Contéstele usted al señorito Manolo que en la taquilla del Príncipe Alfonso hay una butaca para él, reservada a nombre de la señorita; y que si la señorita no ha cambiado de parecer en el camino, allí debe de estar esperándolo.

Paula. Muy bien. *Se retira.*

Doña Regla. ¡Ay, Dios mío! ¡Qué Estela y qué Manolo! ¿Se verán un día seguido cuando se casen?

Don Benitito. ¡Je! Eso tiene gracia. En fin, no me entretengo más. Hasta luego.

Doña Regla. Hasta luego.

Don Benitito. ¡Voy al número 9! *Vase por la puerta de la derecha.*

Doña Regla. ¡Señor, qué barullo! En cuanto salgo de mi habitación me descomponen entre todos. ¡Qué atropellarse! ¡Qué jaleo! Y ¡qué de timbres suenan en esta casa! ¡Yo oigo los de todos los pisos! Dios me dé resistencia. Voy a ver si Antolín me dice...

En la puerta de la derecha aparece, a detener a

doña Regla de improviso, el temido Pinilla, hombre entrometido y charlatán.

PINILLA. ¿Se puede?

DOÑA REGLA. ¿Quién?

PINILLA. Servidor, señora. Me presento aquí sin aviso previo, porque ha coincidido mi llegada con la salida del secretario. Disculpe usted la libertad. ¿Usted es la señora hermana de don Antolín?

DOÑA REGLA. La misma.

PINILLA. Yo quisiera que usted me dispensase el honor de escucharme cinco minutos. ¡Dos minutos!

DOÑA REGLA. Siéntese usted.

PINILLA. Mil gracias. ¿Usted no me conoce?

DOÑA REGLA. No, señor; no tengo ese gusto.

PINILLA. Pinilla. Estalisnao Pinilla. De seguro me habrá usted oído nombrar en la casa.

DOÑA REGLA. Eso sí; mucho. Y con gran afecto.

PINILLA. Es favor.

DOÑA REGLA. Pues... a Antolín lo tenemos fuera.

PINILLA. Sí; ya me lo ha dicho el secretario. ¿Dónde está?

DOÑA REGLA. En Alhama.

PINILLA. ¿En Alhama?

DOÑA REGLA. Alhama de Aragón. En cuanto entra el otoño empieza a resentirse de su reuma...

PINILLA. ¿Es artrítico?

Sale en esto por la puerta de la izquierda don Antolín, sin sospechar, es claro, el abismo en que cae, y decidido a charlar con su hermana de la credencial de Calvete.

DON ANTOLÍN. ¡Pues verás, Regla, el belén que se ha armado!

Al ver a Pinilla se queda en la postura que le coge. Doña Regla se pone colorada como un pavo y no sabe dónde meterse. Pinilla se levanta, sonríe tragándose la partida y es dichoso.

Pinilla. ¡Señor de la Huerta!

Don Antolín. ¡Ca... caballero Pinilla! ¡No sabía que estaba usted aquí!

Pinilla. Ni yo que estaba usted ahí... ¡Aunque lo presumía! ¡Je! *A doña Regla:* Señora, no se turbe usted ni se ruborice... Su hermano de usted me huye cielo y tierra, y yo sé ponerme en los cosas. Conozco sus mañas. ¡Sé bien todo lo que viaja don Antolín!... Ahora mismo me ha dicho la portera que estaba en Pamplona; el secretario que en Teruel... y usted que en Alhama. ¡Je!

Don Antolín. Usted me perdona, ¿verdad? ¡Tengo tanto trabajo siempre!... Me encierro en mi concha... y a la gente algo hay que decirle.

Pinilla. ¡A mí no necesita usted darme explicaciones! ¡A mí me echa usted de su casa a escobazos, y eso no influye en la opinión que de usted tengo! Para mí será usted siempre el político austero, el pensador insigne...

Don Antolín. ¡Ave María!

Pinilla. El recto catedrático, el literato excelso, el padre amantísimo... Más que un hombre, un dios.

Don Antolín. ¡Pinilla! ¡Un dios!

Pinilla. ¡Un dios!

Doña Regla. ¿Lo dice usted porque está en todas partes?

Pinilla. ¡Je! ¡Lo digo... por lo que lo digo!...

Don Antolín. Siéntese usted.

Pinilla. No, señor; no me siento. Mil gracias. Usted está en las termas... y no lo quiero importunar. Por más que lo mismo se importuna sentado que de pie. Me sentaré un instante. Un segundo. Figúrese usted; ¡no vengo más que por un sí, como los pretendientes amorosos!

Don Antolín. Pues lo siento mucho, amigo Pinilla; pero le voy a dar a usted calabazas.

PINILLA. ¡Imposible! ¡No me voy sin el sí!

DON ANTOLÍN. ¡Canario!

PINILLA. ¡No me voy!

DON ANTOLÍN. Pero, mi querido Pinilla: usted, en su entusiasmo por el seguro de vida, no ha meditado que un viejo como yo no tiene ya por qué asegurarse. ¡Los jóvenes, los jóvenes que se aseguren!

PINILLA. ¡Error crasísimo, señor don Antolín!—con respeto a su claro talento, esta vez ofuscado. ¡El seguro es necesidad inexcusable de los hombres modernos! ¡Inexcusable! Negociantes, toreros, artistas... Ahora mismo vengo de asegurar a Galo Carralero.

DON ANTOLÍN. ¿A Galo Carralero?... No sé...

PINILLA. Sí; ese pintor nuevo que estaba de moda el domingo. ¡Lo convencí en el acto! Ya digo: la vida del hombre actual pende de un cabello. ¡Se vive de milagro!

DOÑA REGLA. ¡De milagro!

PINILLA. ¿Usted ve? Su discretísima señora hermana asiente, con una espontaneidad que no hay que comentarla. De milagro se vive, don Antolín. Nos sigue el peligro como la sombra al cuerpo. El progreso material había de tener, al lado de tantas ventajas, algún inconveniente. Y no en lo anormal, no: ¡en lo cotidiano! Usted sale a la calle y no está seguro de que no lo atropelle y lo mate un *auto*, un camión, una *moto*, un tranvía... Usted se sube a un ascensor y no sabe si va a llegar entero al segundo piso.

DOÑA REGLA. ¡Cállese usted, hombre!

PINILLA. ¡No, señora; si aquí entra el agente! Está usted asegurado; tiene usted la desgracia de estrellarse en el ascensor: no importa. ¡De algo hay que morir! ¡Usted le deja a su familia veinte mil duros! ¡treinta mil duros! ¡cincuenta mil duros! ¡Esto es muy bonito! ¿No es esto muy bonito?

Don Antolín. ¿Muy bonito, Pinilla?

Pinilla. ¡Muy bonito! ¿Está usted conmigo, señora?

Doña Regla. En eso no. ¡Porque yo no me subo en un ascensor aunque me hagan tiras!

Pinilla. ¿No, eh? ¡Donoso argumento! Eso podrá usted pensarlo, señora mía, en Las Canteras, donde las casas no pasan de dos pisos; pero ¿qué hace usted si está en Nueva York y una amiga suya vive en un rascacielos? ¿Qué hace usted?

Doña Regla. ¡Ah! Decirle que baje. Yo no subo.

Pinilla. ¡Ja, ja, ja! ¡Condena usted los ascensores! De todos modos ese argumento es recusable. Aunque usted no suba, sube su hermano, suben sus hijas, subo yo, ¡sube todo el mundo! Los ascensores no dejan de existir. Además, usted acabará por vencer esa repugnancia, y no sólo utilizará los ascensores...

Doña Regla. ¡Quiá!

Pinilla. Sino que aceptará todas las ventajas y comodidades que debemos a la civilización. ¡Hasta la basura va ya en auto! ¡Bendita sea la civilización! Yo me prometo verla a usted algún día rodando a noventa por hora.

Doña Regla. Usted no me conoce.

Pinilla. ¡Si yo opinaba igual que usted, hace quince años, y hoy tengo una motocicleta... y ayer volé sobre Madrid!

Don Antolín. ¿Voló usted, Pinilla? ¡No lo vimos!

Pinilla. ¡Desde Alhama es difícil, señor don Antolín! Pero volé, volé. Y le juro a usted por mis hijos...

Doña Regla. ¡No jure usted por sus hijos, hombre de Dios!

Pinilla. ¡Si no tengo ninguno! ¡Los comprometo para cuando me case! Le juro a usted, decía, que

allá en las alturas, en el aeroplano, pasé menos miedo del que paso a las seis de la tarde en la Puerta del Sol; sobre todo si he de tomar algún tranvía.

DOÑA REGLA. Eso sí estaba por creerlo.

PINILLA. ¿Leyó usted el folleto que le dejé y mis observaciones?

DON ANTOLÍN. Sí, señor; todo lo he leído. Pero, la verdad, sin interés, sin propósito de entrar en ello...

PINILLA. Pero ¿por qué, admirado don Antolín? ¡Yo he de infundirle a usted mi enorme confianza en el seguro! ¡Un hombre de su capacidad mental es imposible que deje de reconocer las infinitas ventajas que reporta en todos los casos!

DON ANTOLÍN. ¿En todos los casos?

PINILLA. ¡En todos absolutamente! Sé por dónde va usted: por las restricciones. ¿A que sí? Usted convendrá conmigo en que es una sola, y en que está razonada: el suicidio. Pero ¡usted no se va a suicidar!

DON ANTOLÍN. Hombre, no sé; no sé... A veces me dan ganas... ¡Claro que llevándome a alguno por delante!

PINILLA. ¡Está bien! ¡está bien!... ¡Siento la zarpa del satírico!... ¡Está bien! Pero, a un lado bromas, sólo ante la eventualidad del suicidio hace sus salvedades la compañía. ¡Y es muy natural! Podría darse el caso de algún *fresco* que se asegurara con el suicidio preconcebido. Me aseguro hoy en medio millón, por la noche me pego un tiro en la cabeza y ¡a cobrar la familia! ¡No, eso no! En cambio, se asegura usted pasado mañana, transcurre un año—¡un año sólo, que se va en diez minutos!—y al día siguiente se puede usted suicidar con toda confianza. ¡La familia cobra! ¡Esto es precioso!

DOÑA REGLA. ¡Precioso!

PINILLA. ¿Verdad que lo es? Y le podría citar a

usted, señora, infinidad de ejemplos bonitísimos. Pero no quiero hacerme pesado. Aunque estoy harto de saber que en muchos hogares donde se me teme como al cólera y se me recibe como pelma, luego se me ensalza y se me bendice. ¡Soy la visión del porvenir; la tranquilidad del porvenir, señora! No incomodo más. Don Antolín está muy callado y eso es que quiere que me vaya.

Don Antolín. No...

Pinilla. ¿Cuándo almorzamos juntos?

Don Antolín. ¿Eh?

Pinilla. ¿Cuándo me dispensa usted el honor de almorzar conmigo?

Don Antolín. *Pensando que a enemigo que huye, puente de plata.* Cuando usted quiera.

Pinilla. ¿De verdad?

Don Antolín. ¡Cuando usted quiera!

Pinilla. Pues el domingo próximo. Yo le telefonearé a usted oportunamente dónde hemos de ir. Ritz, Palace, Casino, Tournié, Burgaleses... Elegiremos bien.

Don Antolín. ¡Magnífico!

Pinilla. Y hablaremos a nuestro sabor de todas estas cosas. No le propondré a usted más que tres seguros. Uno, para caso de muerte de usted, muy bonito.

Don Antolín. ¡A mí no me gusta, desde ahora!

Pinilla. ¡Je! *A doña Regla.* ¡Tiene buena sombra su hermano! Otro, de distinta índole, para caso de incendio de esta casa. Le conviene a usted mucho. Y otro, que es el más bonito de los tres, para el caso de que sus hijas se queden solteras.

Doña Regla. ¡Ah, no; eso no! ¡Solteras no se quedan!

Pinilla. El lenguaje del agente, señora, repele la

galantería. Yo, sin embargo, deseo y espero que se casen pronto las dos.

Don Antolín. ¿Para asegurar a los maridos?

Pinilla. ¡Justamente! Conque ¿hasta el domingo, don Antolín?

Don Antolín. ¡Hasta el domingo!

Pinilla. Agradecidísimo y honradísimo de antemano. Señora...

Doña Regla. Adiós, señor Pinilla.

Don Antolín. No salgo con usted, porque acaban de llamar a la puerta... ¡y estoy en Alhama!

Pinilla. Aunque así no fuera, yo desde luego me opondría. Servidor. Buenas tardes. *Se va por la puerta de la derecha.*

Don Antolín. *Abriéndole su pecho a la hermana.* ¡Almuerza sólo!

Doña Regla. ¿Qué me vas a decir a mí? Por cierto que este hombre haría muchísimos más seguros si se valiera de sus parientes para los ejemplos. Pero esto de: «Usted se muere»... «Usted se mata»... «A usted lo coge el tren»... ¡No hay quien lo oiga en paciencia!

Don Antolín. ¡Añadiéndote además que es precioso! *Desde la puerta por donde se ha ido Pinilla.* ¿Está hablando con alguien?

Doña Regla. ¡De fijo! ¡Con el que haya llegado!

Don Antolín. ¿Lo querrá asegurar también? ¡Hasta las visitas! Yo, por lo pronto, voy a asegurarme la fuga. ¡A mí no me coge el que sea! Ven y te enteraré... *Vase huyendo por la puerta de la izquierda.*

Doña Regla. ¡Demonio de hombre! Y ahora ¿quién será? Esa doncella que tenemos para la puerta es tonta. *A Octavio, que en este momento sale por la puerta de la derecha:* ¡Ah, señor de Reina!

Octavio. ¡Señora! Ignoraba que padeciesen ustedes también a este sinapismo de Pinilla.

Doña Regla. Pues sí, señor; lo padecemos. Acaba de explayarse aquí.

Octavio. A mí se me ha agarrado como una sanguijuela y no me lo arranco ni a tirones. Se ha empeñado en asegurarle la vida al ministro. ¡Si fuese la cartera! Pero a cuenta del seguro de vida ¡me da unas tabarras de bombas y atentados!

Doña Regla. Y todo muy bonito, ¿verdad?

Octavio. Eso dice él. «¡Esto es precioso!»

Viene Leopoldina por donde antes se fue.

Leopoldina. ¿Ya de vuelta? Lo he visto a usted desde el balcón.

Octavio. Sólo dos minutos. He de irme otra vez en seguida.

Leopoldina. ¡Pero, hombre!

Octavio. Vengo a tranquilizar a ustedes nada más. He preferido venir, aunque sea así, como un relámpago, a hablar por teléfono. El error padecido no tiene compostura.

Leopoldina. ¿No?

Octavio. ¡Se han dado unas prisas en repartir las credenciales!...

Doña Regla. ¡Ya salieron las prisas!

Octavio. El ministro ha puesto el grito en el cielo. Lo ocurrido es, sencillamente, que en la carta de su papá de usted se metió la nota equivocada. Sin mala intención, según creo; pero ya se hizo mal la ficha. Y esto ha sido todo. ¿Está ahí en el despacho su papá?

Leopoldina. Sí; de seguro.

Octavio. Pues voy a darle estas explicaciones y a ofrecerle, en nombre de mi jefe y en el mío, que el señor Calvete tendrá un destino antes de fin de mes. Mejor que el que pierde, a ser posible. Yo estoy volado, Leopoldina; estoy contrariadísimo; pero ya no hay otro remedio.

Leopoldina. ¡Qué le hemos de hacer! Gracias a usted, siempre. Siéntese usted aunque sea un rato...

Octavio. No puedo, amiga mía. Por fuerza he de marcharme ahora mismo al Congreso. Me ha encargado el ministro que si lo alude Gil Lozoya le avise por teléfono inmediatamente. ¡Y no puedo faltar de allí! Él va a aprovechar estos minutos para redactar una Real orden importante. Con permiso de ustedes...

Éntrase por la puerta de la izquierda.

Leopoldina. ¡Ay, tía Regla!

Doña Regla. ¿Qué suspiro es ése, sobrina?

Leopoldina. ¡Estoy rabiosa! ¡Estoy desesperada!

Doña Regla. ¿A tus años, hija?

Leopoldina. ¡Esta tarde me tiro por el balcón!

Doña Regla. No te dará tan fuerte.

Leopoldina. Pero ¿no es esto para desesperarse, tía?

Doña Regla. ¡Que lo dijera yo! ¡Pero, tú!... ¿No es ésta la vida que te agrada?

Leopoldina. ¿A mí?

Doña Regla. ¿No te encanta este estar siempre en todas partes sin estar en ninguna?

Leopoldina. Mire usted, tía: déjeme usted de reconvenciones. Me encantará lo que me encante, pero ahora mismo estoy furiosa. ¡Le pondría una bomba a ese ministro! ¡Todo ha de colgárselo al secretario! ¡Que vaya él al Congreso, si espera que lo aludan! ¡Ese es su deber! ¡Y así no redactará tan aprisa una Real orden, que le va a salir un buñuelo! ¡Pobre país! Yo no entiendo de política, pero ¡pobre país!

Vuelve Octavio, en plan de despedida.

Octavio. Don Antolín siempre tan cariñoso. Dejo a ustedes... aunque de mejor gana que lo digo,

no las dejaría. ¡Buena tardecita me espera en aquel reñidero de gallos! Doña Regla...

Doña Regla. Adiós, Octavio; hasta otro día.

Octavio. Leopoldina...

Leopoldina. Adiós.

Octavio. A ver si nos vemos con más calma.

Leopoldina. De usted depende.

Octavio. ¿De mí?

Leopoldina. ¿Ha de ser de mí?

Octavio. Es cierto. Quien no depende de sí mismo, soy yo. A usted le consta.

Leopoldina. Tengo mis reservas mentales.

Octavio. Pues no las tenga usted. Nosotros hemos de ser muy buenos amigos, aun cuando tardemos en vernos. Recuerde usted lo que le dije aquella noche: hay afectos de toda la vida que se atan por casualidad en una hora.

Leopoldina. ¡Usted no me ha dicho a mí eso nunca!

Octavio. ¿Cómo qué no? ¡Estoy bien seguro! ¡Aquella noche!

Leopoldina. ¿Qué noche?

Octavio. ¡La única noche en que hemos hablado! ¡La noche de San Sebastián!

Leopoldina. Y ¿de dónde saca usted que nosotros hayamos hablado nunca en San Sebastián, de noche ni de día?

Octavio. ¡Ay qué gracia! ¡Ahora va a negarme...!

Leopoldina. ¡Claro, señor! ¡Es usted el hombre de las equivocaciones! ¡Se ha puesto usted a edificar en el aire sobre la más gorda de todas ellas, y de aquí no lo dejo pasar, aunque tenga usted que marcharse al Congreso!

Octavio. Pero ¿qué dice esta criatura?

Leopoldina. ¡Que usted no me ha conocido a mí hasta El Escorial, este verano! ¡Que en San Sebas-

tián con quien estuvo usted fué con una prima carnal mía, que se me parece bastante, eso sí; pero que no le haría a usted tan gran impresión como a mí me ha dicho, cuando la confundió conmigo y sigue confundiéndola!

OCTAVIO. *Turbadísimo.* Leopoldina... Leopoldina, usted se está burlando de mí porque me ve impaciente...

LEOPOLDINA. ¡Nada de eso!

OCTAVIO. Pues en El Escorial... cuando hablamos en El Escorial...

LEOPOLDINA. ¡En El Escorial no quise desengañarlo a usted porque me era violentísimo, ante su amigo, jactándose usted, como se jactaba, de que era incapaz de confundir mi belleza con la de otra ninguna!... ¡Todavía tiene usted eso que agradecerme!

OCTAVIO. *A punto de un desmayo; atónito.* Pero ¿es verdad esto, doña Regla?

DOÑA REGLA. Sí, señor; es verdad.

OCTAVIO. ¡Qué cosas!...

Mira a Leopoldina con curiosidad y atención, de modo extraño.

LEOPOLDINA. ¡No me eche usted ahora esos ojos! ¡Yo no tengo la culpa! ¡Haberse fijado mejor, o haber bebido menos *champagne!*

OCTAVIO. ¡Leopoldina!

DOÑA REGLA. No crea usted, Octavio, que es usted solo quien las confunde...

OCTAVIO. ¿No, eh?

DOÑA REGLA. No, señor. Se parecen muchísimo. Aun hoy mismo, que la prima está ya casada y con dos hijas... aun hoy mismo hay quien toma a Dolores por Leopoldina y a Leopoldina por Dolores.

OCTAVIO. ¡Dolores! ¡Dolores! ¡Ese era el nombre de ella! ¡Dolores! *Recreándose en la contemplación de*

la muchacha. ¡Cosa más singular!... *Con resolución, después de consultar su reloj de pulsera.* ¡Vaya! ¡Que se metan con el ministro o que no se metan con él! ¡Me es indiferente! ¡Yo no me voy de aquí! ¡Yo necesito seguir hablando de esto!

LEOPOLDINA. ¡Yo también! ¡Pero con mucha calma!

OCTAVIO. ¡Con mucha calma!

LEOPOLDINA. Siéntese usted cerca de mí.

OCTAVIO. Ya estoy.

LEOPOLDINA. ¡Ajajá! Y ahora, ante todo, antes de hablar una palabra, míreme usted despacio. ¡No sea cosa que andando el tiempo... le presenten a usted a otra... y se crea que soy yo!

OCTAVIO. ¡Cosa más singular!... ¡Parecido más extraordinario!...

Se miran sonriéndose.

Doña Regla, observándolos desde la galería, donde se ha sentado, exclama como para sí:

DOÑA REGLA. ¡Peor sería que, ya casado, hubiese descubierto que se había casado con otra!

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Sala baja, contigua al patio, en casa de doña Regla, en Las Canteras. A la derecha del actor, una gran ventana enrejada. Al foro, puerta que da al patio. A la izquierda, otra puerta. Paredes blancas. Suelo de losetas, aljofifado. Pocos muebles, tradicionales en la casa.

Es en un día de mayo, por la tarde.

Don Antolín, sentado cerca de la ventana, en traje fresco y cómodo, lee un libro amigo. Doña Lourdes hace un chal de estambre, sentada cerca de él.

DON ANTOLÍN. ¡Cómo me gustan estos libros que no me llevan la contraria!

DOÑA LOURDES. ¿Dice usted?

DON ANTOLÍN. Hablaba conmigo, doña Lourdes. Mi hermana ¿no ha vuelto?

DOÑA LOURDES. Creo que no.

DON ANTOLÍN. ¡Admirable mujer! No hace más que una cosa al día.

DOÑA LOURDES. Cuando está en su casa.

DON ANTOLÍN. ¡Ah! claro. La planea por la mañana, la ejecuta por la tarde y la saborea por la noche. Así no quiere salir de sus dominios.

DOÑA LOURDES. Usted también se encuentra aquí como el pez en el agua.

DON ANTOLÍN. Mejor. Porque el pez puede temer siempre la traición de un anzuelo; y yo, en Las Canteras, ¡ni siquiera a Pinilla tengo que temerle!

Doña Lourdes. Pero ¡si ya le sacó a usted dos seguros!

Don Antolín. He ahí por qué no le temo. Y he ahí también una de las razones que más contribuyeron a mi decisión. Si no me aseguro, viene a Las Canteras en su motocicleta. ¡Y yo no quería verlo! Vivo aquí en una soledad dichosa, sin que me cueste violencia procurármela, como en otras partes. Casi todos mis paisanos me temen y me huyen. Me tienen por un chinche. Y yo lo celebro, porque así me dejan en paz.

Doña Lourdes. ¡Cuánto le he agradecido yo a doña Regla que me invite a pasar estos días con ustedes!

Don Antolín. Señora, ¡si usted es ya como de la familia!

Doña Lourdes. Muchas gracias.

Don Antolín. Así la miramos: usted lo sabe. Además, casada Estela, acompaña usted a Leopoldina. Si Leopoldina, al fin, se casa con ese novio-vértigo que tiene... ¡me acompañará usted a mí!

Doña Lourdes. ¿Hasta que se case también?

Don Antolín. Sí; hasta que me case de nuevo. ¡Que ya me va usted a acompañar una temporada! Con perdón de cierta pelicastaña de mis tiempos, que sé que aguarda todavía. Y va a ser aquí, en Las Canteras, donde va usted a acompañarme.

Doña Lourdes. ¡Oh! ¡Qué delicia de pueblo!

Don Antolín. Pues aquí será. Este pueblo, querida doña Lourdes, como todos los pueblos, y como todos los reinos también, está a merced del egoísmo y de las miserias de los hombres. Contra siete virtudes hay siete vicios. Pero yo no voy a vivir en el pueblo, sino en esta casa, que tiene patio, azotea, biblioteca y jardín.

Doña Lourdes. ¡Y coche de mulas!

DON ANTOLÍN. Lo había callado, porque el coche no es para andar por casa.

DOÑA LOURDES. ¡Naturalmente!

DON ANTOLÍN. ¡Sí, señora; sí! Yo hago el viaje redondo. De aquí salí... y aquí volveré, Dios mediante, cumplido o a medio cumplir mi destino en la tierra. Veré salir el sol por detrás del castillo, oiré repicar las campanas de las dos iglesias, pasearé por donde muchacho... y no remontaré una cometa para no llamar la atención.

DOÑA LOURDES. Ni en su pueblo quiere usted llamarla.

DON ANTOLÍN. Menos que en parte alguna. Ya ha oído usted que me tienen por chinche. Una cosa he de pedirle al cielo.

DOÑA LOURDES. ¿Cuál, don Antolín?

DON ANTOLÍN. Que cuando le llegue a Las Canteras la hora de transformarse y de progresar, progrese de veras. Si no ha de ser así, que me muera yo antes de verlo. Porque me pone los pelos de punta que algún día no lejano, en aquellas llanuras, en aquellos trigales que embelesaron mi niñez, se alce un gran Casino modernista, construído a toda máquina, de cemento armado, con músicos vestidos de pimientos morrones y sala de caballitos y ruleta. Según algunos ciudadanos, el colmo de la civilización. Yo, ya digo: me quiero morir antes que verlo en Las Canteras.

DOÑA LOURDES. No me lo jure usted.

Sale por la puerta de la izquierda don Benitito, encantado también de la temporada en el pueblo.

DON BENITITO. Estoy convencido, don Antolín: ¡aburrirse es placer de dioses! ¿Eh, doña Lourdes? ¡De dioses!

DOÑA LOURDES. ¡Y de diosas!

DON BENITITO. Bueno, ¡me acaba de preparar Ma-

ría Francisca una merienda...! ¡No hay calificativo! Un jerez color paja, ¡que no sé de dónde lo saca doña Regla!... ¡No lo sé!

Don Antolín. ¡De la bodega simplemente!

Don Benitito. Unas lonjas finas, pero compactas, jugosas, flexibles, de un jamón... ¡qué jamón, doña Lourdes!

Doña Lourdes. Ya lo conozco.

Don Antolín.

¡De la Sierra famosa de Aracena,
donde huyó de la vida Arias Montano!

Don Benitito. Unas aceitunas gordales, ¡que da pena no comerse también el hueso! Un pan en rosquitas, dorado, ¡que yo no lo he visto más que aquí! ¡Parece pan y agua! ¡Qué cosa! En fin, me he puesto como Quico.

Doña Lourdes. Y ¿a eso le llama usted aburrirse?

Don Benitito. ¡Sí, señora! ¡Porque meriendo de aburrido! ¡Si no tengo otra cosa que hacer! ¿No le había yo dicho a usted que esta casa era un rincón del cielo?

Doña Lourdes. ¡Se quedaba usted corto!

Don Benitito. ¡Qué paz bendita! ¡Qué silencio constante! ¡Qué altura de techos! Y ¡qué cama! ¡Qué sábanas más frescas y más resbaladizas! ¡Qué amplitud! ¡Yo me pierdo en la cama! ¡Duermo en una cama de matrimonio!

Doña Lourdes. Lo sé, lo sé.

Don Benitito. Póngase usted en mi caso: ¡yo solo en una cama de matrimonio... sin el inconveniente de la señora! ¡Qué ideal! ¡Hay que canonizar a doña Regla!

Don Antolín. ¿Te has vuelto loco, Benitito?

Don Benitito. ¡Puede que lo parezca, pero nun-

ca he sido más feliz! ¡Quince días sin hablar por teléfono!... ¡Y bajo estos techos tan altos! ¡Qué delicia! ¡Jauja! ¡Jauja! Esto de los techos a mí me ensancha los pulmones. Mi alcoba me parece el monasterio de El Escorial... ¡Digo! ¡Yo, que vivo hace veinte años en aquel entresuelo de la calle de San Roque!... *A don Antolín:* Usted lo ha visto. *A doña Lourdes:* Cuando me mudé a él, tuve que cortarles las patas a todos los muebles.

Doña Lourdes. Eso ya se me antoja una andaluzada.

Don Antolín. El jamón, que se le ha subido a la cabeza.

Don Benitito. ¿Y la vida que se hace aquí?... ¡En Madrid no hay tiempo de nada! ¡Aquí sobra el tiempo! ¡Da gusto!

Don Antolín. ¿Esta mañana madrugaste?

Don Benitito. ¡Ca! ¡Me levanté a las nueve!

Don Antolín. ¡Pues oí tu despertador a las cinco!

Don Benitito. ¡Es que lo pongo aposta, para despreciarlo cuando suene! ¡Estoy harto de hacerle caso en Madrid! Vengancillas que se busca uno. ¡Condenado chisme! ¡No tiene sueño nunca!

Viene Estela por la puerta del foro.

Estela. ¿Y mi marido, no está aquí? ¿No está aquí mi marido? ¿Dónde está mi marido?

Don Benitito. Eso es un rompecabezas, Estelita.

Don Antolín. Hija mía, como no sepas tú dónde está...

Estela. ¡Pues no lo sé! Y se va a acabar esto. Desde que hemos llegado aquí, se ha declarado independiente. Y no tiene gracia que me lleve yo el santo día siguiéndole los pasos.

Doña Lourdes. ¿Se han cambiado las tornas?

ESTELA. Pues si se han cambiado, se van a descambiar. ¡Que no se las prometa felices ese tonto! No; y a tía Regla tengo yo que decírselo: mi marido se ha echado aquí unos amigotes que no me gustan; yo le he hecho a usted ya la visita que le ofrecí en el viaje de novios: mañana nos vamos.

DOÑA LOURDES. ¿Mañana?

ESTELA. Mañana, mañana. Tenemos que ir a Córdoba, y a Granada, y a Málaga, y a Algeciras, y a Gibraltar; y luego a París; y luego a Londres. Y a la vuelta a Biarritz.

DON ANTOLÍN. Te advierto, hija mía, que no está el toque en ir a muchos sitios, sino en enterarse, aunque sea de uno solo. Es preferible.

ESTELA. Esas son sus teorías de usted, que ahora no se llevan. La vida moderna es otra cosa. Está usted un poco rancio, papaíto. Y perdone usted que se lo diga.

DON ANTOLÍN. ¡Perdonada!

ESTELA. ¡Se me caen ya encima Las Canteras! ¡Me fastidia esta casa!

DON BENITITO. ¡Jesús, qué sacrilegio! ¡Qué cosas se oyen!

ESTELA. Mira, Benitito, si papá está rancio, tú estás seco, que es mucho peor. Y ya no hablo más. Me voy en busca de Manolo, y como lo encuentre donde pienso, voy a darle un pellizco que no se le va a olvidar en toda la luna. *A Leopoldina, que llega a tiempo por la puerta de la izquierda, nerviosilla también:* Hermana, no te cases.

LEOPOLDINA. ¿Eh?

ESTELA. ¡No te cases nunca! ¡Los hombres son una calamidad y el matrimonio es un desastre! ¡Un cataclismo! *Se va de estampía.*

DON ANTOLÍN. ¡Ja, ja, ja! ¡Lo que ha aprendido en mes y medio!

Doña Lourdes. Ahora se vive muy aprisa, don Antolín.

Don Antolín. Ahora y siempre. La vida es un suspiro. Por eso la yerran los que se obstinan en aligerarla. ¿Qué harán luego, cuando no puedan correr tanto? Entonces verán que han envejecido antes de tiempo.

Leopoldina. Papá, le advierto a usted que no tengo los nervios para sermones.

Don Antolín. ¿Tú también estás picada de la tarántula? ¡Diablo de chiquillas! Pues cuando te calmes un poco, no dejes de reflexionar sobre ese sermoncito que yo empezaba. Me voy al jardín entretanto. Necesito meditar también a propósito de las reveladoras palabras de tu hermanita Estela. ¡El matrimonio es un desastre! ¡Un cataclismo! *Se va por la puerta de la izquierda.*

Leopoldina. Del matrimonio nada sé todavía; pero en eso que ha dicho de los hombres, tiene razón mi hermana. ¡El mejor, para fusilarlo!

Don Benitito. Me alegro de no ser el mejor.

Leopoldina. ¡Egoístas! ¡Presumidos! ¡Frívolos! ¡Antipáticos! ¡Sus caprichos, y nada más que sus caprichos! ¡Lo que ellos llaman sus deberes, y nada más! ¡No se sacrifican en lo más mínimo por nada ni por nadie! ¡No tienen alma! ¡No tienen corazón! ¡No tienen vergüenza!

Don Benitito. ¡Vaya! Me retiro también.

Doña Lourdes. Y ya ¿para qué, don Benitito? Pocas flores quedarán en la cesta.

Leopoldina. ¡Tengo varias cestas, doña Lourdes! ¡Tengo jardín! Oye, Benitito: tú ¿qué demonios haces con las cartas que yo te doy para el correo?

Don Benitito. ¿Qué he de hacer? Ponerles su sellito correspondiente y echarlas al buzón. Y con

un placer especial. ¡Porque este buzón de Las Canteras me tiene embelesado!

DOÑA LOURDES. ¿También el buzón?

DON BENITITO. ¿No ve usted que no es más que uno? No es como en Madrid: va usted a la Central y se vuelve usted loco: «Asturias», «Andalucía», «Extremadura», «Vascongadas», «Alcance», «Interior», «Extranjero»... ¡No sabe usted dónde echar su carta! ¡Primero hay que estudiar geografía!

LEOPOLDINA. No digas simplezas, Benitito.

DOÑA LOURDES. Pues ahora todos los tranvías llevan buzón también.

DON BENITITO. Sí, pero yo no los utilizo. ¡Quiá! ¡Un día que desde la plataforma de atrás quise echar una carta, por poco me dejo la cabeza en un poste! Prefiero la Central.

LEOPOLDINA. Benitito, ¿quieres callarte?

DON BENITITO. ¿Te incomodo, princesa?

LEOPOLDINA. ¡Sí!

DON BENITITO. Pues no me lo dirás dos veces. Buenas tardes, niña. Y acuérdate de lo que te ha dicho papá.

LEOPOLDINA. ¡Acuérdate tú de lo que te ha dicho a ti esta mañana!

DON BENITITO. ¿Qué me ha dicho?

LEOPOLDINA. ¡Que eres un idiota!

DON BENITITO. Eso no me lo ha dicho a mí tu padre.

LEOPOLDINA. ¡Pues te lo digo yo!

DON BENITITO. Punto redondo. Un idiota que se va a la calle a dar un paseo, para hacer ganas de comer. ¡Qué caldo!... ¡Qué sopitas con yerbabuena!... ¡Qué cocido de habichuelas y calabaza!... ¡Qué dulce de tomate!... *Vase relamiéndose por la puerta del foro.*

DOÑA LOURDES. Pero ¿qué le sucede a usted, Leopoldina?

LEOPOLDINA. ¡Ay, doña Lourdes! ¡Qué sé yo! ¡Que hace tres días que no recibo carta de Octavio! ¿Le parece a usted poco? ¿Por qué no me escribe? ¿Por qué no me telefonea? ¿Dónde está?

DOÑA LOURDES. ¿No está con el ministro?

LEOPOLDINA. ¡A mí no me importa el ministro!

DOÑA LOURDES. ¿No hablan de él los periódicos?

LEOPOLDINA. ¡Yo no tengo que saber nada por los periódicos! ¡Es él quien debe darme sus noticias! ¡Su obligación es atenderme a mí primero que a nadie!

DOÑA LOURDES. Esos viajes de los ministros son agitadísimos... Cuando no lo hace, es seguro que no tiene tiempo...

LEOPOLDINA. ¡Que lo invente! ¡Antes que el ministro soy yo! Y lo peor no es esto, doña Lourdes; sino que me pongo a imaginar desatinos, y lo menos que pienso es que se ha estrellado por ahí en una carretera. Eso, por un lado; que por el otro, ¡no quiera usted saber! ¡Y con lo impresionable que es el niño! Las sevillanas, las jerezanas, las gaditanas... ¡Y que no le gusta bailar!... Y que no... Bueno, me callo; iba a decir una tontería. ¡Y vengan comilonas! ¡Y vengan merendonas! ¡Y vengan jiras! El ministro yo no sé si se enterará del estado de los lugares por donde pase, pero de lo que se come en ellos, ¡vaya si se entera!

DOÑA LOURDES. Serénese usted, Leopoldina; tenga un poco de calma...

LEOPOLDINA. ¡No puedo, doña Lourdes! ¡Déjeme usted abrir el escape! Porque además paso aquí otro martirio. ¡En esta casa de mi tía Regla hay que tener la sangre de horchata! ¡Aquí los nervios son cosa de las niñas del día! ¡Aquí no se puede querer con entusiasmo al novio! ¡Aquí no se pueden sentir celos! ¡Aquí no se puede una expresar con vehemen-

cia! ¡Y el día menos pensado le voy yo a decir a mi tía que ella se escapó con el que fué su marido por la azotea de junto a su casa! ¡Y estuvo depositada dos meses! ¡Se lo voy a decir! ¡Se lo voy a decir! ¡Son ya demasiadas frescas a las niñas del día! ¡Se lo voy a decir!

Doña Lourdes. La tía Regla la quiere a usted mucho, y procura siempre aconsejarle lo mejor... La desconcierta esta continua sobreexcitación en que ahora suelen vivir ustedes...

Leopoldina. Pero, señora, si hay en estos tiempos automóviles en lugar de galeras aceleradas, ¿tengo yo la culpa? Además, yo me pongo en todo; yo quiero mucho a mi tía Regla; y comprendo, cuando estoy tranquila, eso que usted me dice... Pero ¡de alguna manera me he de desahogar! El otro, el otro, el secretario, el diputado en cierne es el que no tiene perdón de Dios. ¡Ni yo misma lo tengo tampoco! ¡Se me emplea bien todo esto, por haber entrado en relaciones por carambola! ¡Si la que le gustaba era mi prima! ¡Si no era yo! ¡Por supuesto, que le voy a gastar una bromita como venga a verme!... ¿No estamos en la tierra del buen humor y de la gracia? Pues ¡ya verá él! ¡A ver si tengo yo menos gracia que las gaditanas, y las jerezanas, y las sevillanas, que ahora le estarán poniendo los ojos dulces! ¡Y él a ellas! Ahí viene Manolo. Súfralo usted, que a mí me falta la paciencia. ¡Vamos a leer en el periódico dónde está a estas horas el caballerito! ¡Y vamos, también, por el tercer abanico del día; porque ya he roto dos! ¡Ay, Dios santo! ¡He dicho poco de los hombres! *Se va por la puerta de la izquierda, excitadísima.*

Llega Manolo por la otra, silbando.

Manolo. ¿Qué hay, doña Lourdes?

Doña Lourdes. Lo que usted me diga, Manolo.

Manolo. ¿Solita aquí?

DOÑA LOURDES. He estado acompañada hasta ahora.

MANOLO. Ya. Yo vengo de la botica de Jimeno; de reírme un rato. Hay tipos de gracia en Las Canteras. Acabo de oírle decir a uno: «Yo me llevo muy bien con mi mujer. No peleamos más que a la hora de afeitarnos, ¡porque ella se empeña siempre en afeitarse con mi navaja!» ¡Ja, ja, ja!

DOÑA LOURDES. ¡Que atrocidad!

MANOLO. Hay tipos de gracia. ¿Y Estela?

DOÑA LOURDES. A buscarlo a usted se ha marchado.

MANOLO. ¿Ah, sí? No se cansa de verme. *Se sienta.* Bueno: ya parecerá. ¿Y Leopoldina? ¿Continúa con los nervios de punta?

DOÑA LOURDES. Tal cual. Usted, que estudia Medicina, debería preocuparse un poco...

MANOLO. ¿Yo? ¡A buena parte viene usted! ¡Y los nervios!... ¡Uh! ¡Cualquiera los entiende! Se pone usted nervioso porque le da la gana al organismo, y se calma usted porque caen cuatro gotas o porque no caen. No se sabe nada. Si se supiera algo, ¿usted cree que yo no habría inventado ya unas pildoritas para mi dulce esposa?

DOÑA LOURDES. ¿Esas tenemos?

MANOLO. ¡Uh! Cojea del mismo pie que la hermana. ¡La educación! No puede estarse quieta. Es un no parar... que ¿adónde vamos a parar? ¿Usted no se acuerda?

DOÑA LOURDES. Tan bien como usted, Manolito.

MANOLO. Y cree que se ha casado para seguir bailando. Esa chica no se da cuenta de que el matrimonio es una cosa seria. ¡Un vals después del des ayuno no me lo quita nadie!

DOÑA LOURDES. Ya irá sentando la cabeza.

MANOLO. ¿La cabeza? No; no me basta que sien-

te la cabeza: ¡es ella toda la que se tiene que sentar!

DOÑA LOURDES. Mis pesadillas, ahora que usted lo dice, son siempre sobre el mismo tema: que Estelita no se ha casado aún y que me lleva andando al Parque del Oeste.

MANOLO. ¿Mejoró usted de sus achaques?

DOÑA LOURDES. Sí; algo mejor estoy.

MANOLO. ¿Gracias al específico?

DOÑA LOURDES. No; no lo llegué a tomar.

MANOLO. ¿Usted ve? Quizás estaría peor si lo toma. No se sabe nada. Mi mujer ¿dice usted que salió?

DOÑA LOURDES. Sí, salió.

MANOLO. Pues me pondré de casa, entonces. Ya vendrá.

DOÑA LOURDES. ¡Si lo oyera a usted!...

MANOLO. ¡Toma! ¡Me hacía bailar un tango argentino! *A María Francisca, criada de la casa, que viene por la puerta de la izquierda cuando él se va:* Hola, María Francisca.

MARÍA FRANCISCA. *Viendo a doña Lourdes.* Ah, que está usté aquí.

DOÑA LOURDES. Aquí estoy. ¿Quieres algo?

MARÍA FRANCISCA. No, zeñora. Es que acaban de yegá en un automóvi dos zeñoritos, y doña Regla me ha mandao que los meta aquí.. Porque yo los metí en er despacho.

DOÑA LOURDES. ¿Dos señoritos, dices?

MARÍA FRANCISCA. Dos. En un automóvi que piya toa la fachá de la caza. Paece un tren. ¡Azín ze ha puesto la caye de chiquiyos! Los zeñoritos venían vestíos de máscara; pero pa entrá aquí ze han quitao las caretas y los capuchones.

DOÑA LOURDES. ¡Vaya! Al fin se va a calmar Leopoldina. De seguro es Octavio.

MARÍA FRANCISCA. ¿Er novio de la zeñorita, verdá?

DOÑA LOURDES. Sí.

María Francisca. Ezo me he penzao yo. ¿Les digo ya que entren?

Doña Lourdes. Sí, sí; pásalos en seguida.

María Francisca. Volandito. Uno de eyos me gusta más que el otro. *Se marcha por la puerta del foro, gozosa.*

Doña Lourdes. Va de prisa el muchacho; va de prisa... Menos aún va a durar este noviazgo que el de Estela... ¡Pronto voy a acompañar a don Antolín! *Vase por la puerta de la izquierda.*

Por la del foro vuelve María Francisca, conduciendo a Octavio y a Pablote.

María Francisca. Por aquí, por aquí. Esta zalita está más fresca que er despacho.

Pablote. Chico, mi coche en Las Canteras es el acontecimiento del mes. Ya lo has visto. *Se asoma a curiosear a la ventana.*

Octavio. *A María Francisca, que lo está contemplando muy risueña:* Tú ¿de qué te ríes?

María Francisca. *Un poco ruborosa.* De lo guapo que ez usté.

Octavio. ¡Vamos! Muchas gracias, chiquilla.

María Francisca. ¿Quién ez er novio? ¿Uzté o eze otro zeñorito?

Octavio. Yo.

María Francisca. Me alegro.

Octavio. ¿Por qué?

María Francisca. Porque usté me ha caío máz en gracia.

Octavio. ¡Vamos! Llego con buen pie.

María Francisca. Ahora mismo zardrá la zeñora. Ze ha quedao poniéndoze otros zapatos. *Vuelve a irse por la puerta del foro, sin dejar de mirar a Octavio, embelesada.*

Pablote. Pues, señor, ¡ni que hubiera toros en el pueblo! ¡Qué revuelo ha armado mi coche!

OCTAVIO. Yo acabo de hacer la conquista de la criada.

PABLOTE. ¡Que sea enhorabuena! ¡Es que tienes una caída de ojos!... Oye, y ¿no te parece que yo no pinto nada en esta visita tuya al alcalde?

OCTAVIO. *Sonriendo.* Sí pintas, sí.

PABLOTE. ¿No vale más que me llegue mientras por gasolina ahí a la entrada de la carretera?

OCTAVIO. A tu gusto.

PABLOTE. ¡Bueno! Saludaré a este tío y me iré al coche. Por más que tú has preguntado por la señora.

OCTAVIO. ¡Porque me han dicho que es guapísima... y si sale ella!...

PABLOTE. ¡Ah! ¡Entonces me quedo! Entérame mejor: ¿de qué se trata? Tú ¿a qué vienes?

OCTAVIO. ¿No te lo he dicho, hombre?

PABLOTE. ¿A eso del nombre de tu ministro a una calle del pueblo?

OCTAVIO. Justo.

PABLOTE. ¿Es de aquí Sequeros Miranda?

OCTAVIO. No.

PABLOTE. ¡Entonces!...

OCTAVIO. ¡Simpatía que le tiene esta gente! *Soltando la risa.* ¡Ja, ja, ja!

PABLOTE. ¿Me estás tomando el pelo?

OCTAVIO. ¡Me río de un hecho mil veces comprobado, Pablote! ¿Tú ves como en lugar de sesos tienes gasolina?

PABLOTE. ¿Eh?

OCTAVIO. ¡En qué cabeza cabe, si no es en la tuya, que yo lo deje todo y venga contigo de Sevilla a setenta kilómetros por hora a ver al alcalde de Las Canteras?

PABLOTE. ¡Ah, canalla! ¿En qué casa estamos?

OCTAVIO. ¡En la de doña Regla de la Huerta, animal!

PABLOTE. ¡Ladrón! Y ¿está aquí Leopoldina?

OCTAVIO. ¿Cómo no, gaznápiro? ¡Sólo a verla vengo!

PABLOTE. Y ¿te traigo yo? ¿Yo otra vez?

OCTAVIO. ¡Tú, tú me traes!

PABLOTE. ¿Sí, eh? ¡Pues busca quien te lleve! ¡Te vas a volver a Sevilla en el coche de mulas de doña Regla!

OCTAVIO. ¡Hombre, no! ¡No seas ganso!

PABLOTE. ¿Conque no? ¡En el coche de mulas te vuelves! ¡Es ya mucha primada!

OCTAVIO. ¡Ja, ja, ja!

PABLOTE. ¡Esto se avisa, por lo menos!

OCTAVIO. ¡Esto se avisa!... Pero piensa un poco, si es que puedes, Pablote, cerebro mecánico: si yo te digo que vengo a ver a Leopoldina, ¿tú me traes?

PABLOTE. ¿Yo?

OCTAVIO. ¿Te convences, borrico? Y como yo no tenía más que estas tres horas para venir, ni podía disponer de otro coche de confianza que del tuyo, ¡me decidí a engañarte!

PABLOTE. ¡Está bien! ¡Está bien! ¡Esta me la pagas; no te quepa duda! ¡No pongo las herraduras en el techo porque estoy en una casa ajena!

OCTAVIO. ¡Ja, ja, ja!

PABLOTE. ¡No te rías, que me largo!

OCTAVIO. No, no; a buenas, Pablote; eso no. Ven acá; perdóname. *Lo abraza.* Tú no eres más que un coche, pero yo necesito de tu motor. Dentro de una hora hemos de volver juntos a Sevilla.

PABLOTE. ¡Tú me la pagarás!

Viene por la puerta del foro doña Regla.

DOÑA REGLA. ¡Señores!

OCTAVIO. ¡Doña Regla!

PABLOTE. ¡Señora!

DOÑA REGLA. ¡Dichosos los ojos que los ven por

mi casa! A usted, Octavio, sí se le aguardaba hace días; pero a su amigo, no. ¡Qué sorpresa tan agradable!

Pablote. ¡No lo sabe usted bien!

Doña Regla Siéntense ustedes... Porque no me harán visita de médico.

Octavio. Usted dispone de nosotros.

Doña Regla. ¿Y su mamá, Pablote?

Pablote. Va tirando.

Doña Regla. ¿Y sus hermanitas?

Pablote. Tirando.

Doña Regla. ¿Y el coche?

Pablote. El coche bueno; gracias.

Octavio. ¡Tirando también!

Doña Regla. ¿Vienen ustedes de Sevilla?

Octavio. De Sevilla, sí.

Pablote. Yo estoy allí con unos pelmazos esperando la feria de Córdoba—¡por las corridas!— y ayer me tropecé con este *fresco* y me dijo: «Hombre, Pablote, ¿me quieres llevar mañana a Las Canteras a ver a Leopoldina?» ¡Cómo no! ¡Encantado! ¿Para qué tengo yo mi coche más que para llevar y traer a éste en busca de su novia, antes de las relaciones, en las relaciones... y aun después de las relaciones?

Octavio. ¡Ja, ja, ja!

Doña Regla. Lo dice con un poquito de cáscara.

Pablote. ¡Lo digo con un cascarón! ¿Usted sabe la que me ha jugado?

Octavio. ¡Le hice creer que me traía a ver al alcalde!

Doña Regla. ¡Al alcalde! ¡Ja, ja, ja! Pues, mire usted, ha sido una broma de gracia.

Pablote. ¡De mucha gracia! ¡Doce litros de gasolina y un pinchazo! Yo soy el que va a ir a ver al alcalde: ¡a ver si arregla un poco esa carretera!

DOÑA REGLA. Falta le hace; no crea usted que no. Se lo agradeceremos. *Pausa. Miradas y sonrisas entre doña Regla y Octavio.* Así que reposen ustedes unos minutos les enseñaré toda la casa.

OCTAVIO. Sí, señora.

DOÑA REGLA. Me complacerá mucho que la vean. Una casa tranquila, con patio, patinillo, huerta con noria, casa de labor... Y me aceptarán después un refresco...

OCTAVIO. Hombre, da las gracias, Pablote. No se te ocurre nada.

PABLOTE. ¿Usted ve, señora, cómo me paga este bandido el favor que le he hecho?

DOÑA REGLA. A usted, por su parte, no lo dejaré ir sin que vea mi coche de mulas.

PABLOTE. Con mucho gusto lo veré. Puede que Octavio tenga que utilizarlo hoy.

DOÑA REGLA. Me alegraré de ello.

OCTAVIO. Yo no. Y usted dispense, doña Regla. Es una broma con que me ha amenazado este cafre.

DOÑA REGLA. Está el día de bromas. Y veo que se tratan ustedes cada vez con más etiqueta. Cafre, bandido...

PABLOTE. ¡Y eso porque está usted delante!

Nueva pausa.

DOÑA REGLA. ¿Vamos a ver la casa, señores?

OCTAVIO. *Impaciente, turbado.* ¿La casa? ¿No esperamos a Leopoldina?

DOÑA REGLA. ¿A Leopoldina?

OCTAVIO. Sí, señora... Ya comprenderá usted...

DOÑA REGLA. Pero ¿usted no ha recibido un telegrama suyo?

OCTAVIO. ¿De quién?

DOÑA REGLA. ¡De Leopoldina! Leopoldina no está.

OCTAVIO. ¿Cómo?

DOÑA REGLA. ¡Le avisó a usted esta mañana! ¡El telegrama se puso urgente!

OCTAVIO. ¡Pues no lo he recibido! ¿Hubiera yo venido si no?

DOÑA REGLA. ¡Octavio!...

OCTAVIO. Perdone usted, señora. No sé lo que me digo.

PABLOTE. ¡No; si el ganso soy yo! ¡Bien has metido el *remo!*

OCTAVIO. ¡Cállate, cernícalo! Le pido a usted perdón otra vez, doña Regla... Me ha desconcertado la novedad...

PABLOTE. ¡Llégate a reclamar a Telégrafos!

OCTAVIO. ¡Que te calles, hombre!

PABLOTE. Primera vez que me llama hombre. Se ve que no está en su juicio.

OCTAVIO. De manera que Leopoldina...

DOÑA REGLA. En Los Alcázares la tiene usted.

OCTAVIO. ¿En Los Alcázares? Y ¿qué es eso?

PABLOTE. ¡Un pueblo de pesca!

DOÑA REGLA. El pueblo en que vive mi prima Rosarito... Quería que Leopoldina pasara con ella unos días, y como usted se hacía esperar demasiado...

OCTAVIO. ¡Ya sabe Leopoldina las causas!

DOÑA REGLA. Pues no hace media hora que se ha ido de aquí.

OCTAVIO. ¿Media hora? ¿Por media hora este trastorno? ¿No te dije que me traías muy despacio, Pablote?

PABLOTE. ¡No blasfemes, Octavio! ¡Despacio, señora, dice que lo he traído, y mañana van a comer arroz con pollo todos los peones camineros que hay en el trayecto! ¡Matanza igual no la recuerdo nunca!

DOÑA REGLA. ¡Animalitos!

OCTAVIO. Y a Los Alcázares, doña Regla, ¿se podrá ir pronto?

DOÑA REGLA. Muy cerca está, pero tengo entendido que la carretera no está para automóviles. Hay un trozo imposible.

OCTAVIO. ¡Por vida!

PABLOTE. ¿Ves cómo vas a tener que utilizar el coche de mulas? Te veo conducido por la *Arisca* y la *Colorá*. Me figuro que sus célebres mulas de usted se llamarán una cosa así. ¿No, doña Regla?

DOÑA REGLA. ¡No, señor; mis mulas se llaman *Clavellina* y *Duquesa!* ¿Qué se ha creído usted que son mis mulas?

PABLOTE. Señora, mulas. Las más sabias del mundo, si usted quiere; pero mulas. ¡Sin ofensa! Es como el burro. Al burro no se le puede ofender; le dice usted: «¡arre, burro!...» y echa a andar el hombre.

DOÑA REGLA. Octavio, no se ponga usted tan nervioso. Me está usted dando lástima. Por la carretera de Arenales puede irse a Los Alcázares también. Se rodea, pero puede irse en poco tiempo.

OCTAVIO. ¿En *auto?*

DOÑA REGLA. En *auto*, sí.

OCTAVIO. Pues entonces vamos a ver la casa, señora, y en seguida, Pablote...

DOÑA REGLA. Para no entretenerse mucho, la verán ustedes otro día. Mejor es. Lo dejaremos hoy. Comprendo la impaciencia de usted, y... Vengan a tomar ese refresco.

PABLOTE. ¡Este ya lo ha tomado! ¡Y de agraz!

OCTAVIO. ¡Qué gaznápiro eres!

DOÑA REGLA. Otra sorpresa le aguarda a usted en el comedor.

OCTAVIO. ¿A mí?

DOÑA REGLA. A usted. ¿No sabe a quién tengo aquí también de temporada?

Octavio. Sí, señora; a Estela y a Manolo. ¡Si me lo ha escrito Leopoldina!

Doña Regla. No, no, señor. Además de los recién casados. Esto no ha querido escribírselo a usted.

Octavio. ¿Don Antolín?

Pablote. ¡Don Antolín estará en Las Cabezas!

Doña Regla. No; tampoco es mi hermano. Quien está aquí es...—se va usted a poner colorado—la otra. ¡La otra! Mi sobrina Dolores.

Octavio. ¡Ah, caramba! ¡La prima! ¡La de San Sebastián!

Doña Regla. ¡La misma! ¡La causa de todo!

Octavio. ¡Jesús! Y ¿con qué cara me presento yo a ella? ¡Ahora sí que nos vamos, Pablote! ¿Tiene dos puertas esta casa?

Doña Regla. ¿Por qué? ¡Así no ha querido Leopoldina escribírselo!

Pablote. ¡Pues yo lo que creo es que debe verla y darle las gracias! ¿No le parece a usted?

Doña Regla. ¡Claro!

Pablote. ¡Y todavía, como recuerde tanto a Leopoldina, va a gustarme a mí... y vamos a hacer otra carambola!

Doña Regla. No puede ser, Pablote; ya es casada.

Pablote. ¡Pues crea usted que lo siento!

Doña Regla. Ella está celebrando el momento de tropezarse con usted.

Octavio. Entonces...

Doña Regla. Verá usted: le diré que salga, mientras yo doy un vistazo en el comedor. En su casa quedan.

Vase por la puerta del foro.

Octavio. *Con vehemencia, una vez a solas con su amigo.* ¡Pablote!

Pablote. Me llamo.

Octavio. Comprenderás mi estado de ánimo. Estoy que brinco. En cuanto saludemos a esa señora y refresquemos en el comedor, ¡al coche! ¡Y a Los Alcázares echando centellas!

Pablote. ¡Ca, hombre; ca! ¡Yo no hago más el indio!

Octavio. ¿Qué dices, Pablote?

Pablote. ¡Que no hago más el indio! ¡Que a sabiendas, como tú temías, no te llevo yo a ver a una novia que me has quitado a mí! ¡Porque a mí me gustó primero! ¡Y a ti la que te gustó fué esta otra! ¡Creo que discurro algo más que un motor!

Octavio. ¡Sí, Pablote; sí! Todos estos insultos son bromas entre amigos de mucha confianza. Tú eres el mejor de los míos, y en este instante eres algo más: eres la fuerza inteligente que guía esa maravilla de automóvil; el mejor que existe en España y que he visto yo; el que luego me va a llevar en cinco minutos a Los Alcázares.

Pablote. ¡Y un jamón! *Asomándose a la puerta del foro.* ¡Hombre! ¡Aquí viene ya la primita! ¡Cuerno si se parece! ¡Si es igual!

Octavio. ¿No te lo dije yo?

Apártase Pablote, perplejo. En esto aparece Leopoldina. Trae unos impertinentes de doña Lourdes, con los que se detiene a mirar a los dos galanes en la misma puerta del foro.

Leopoldina. Señores...

Octavio. ¡Bah! ¡Entre la sobrina y la tía me la han urdido bien!

Leopoldina. *Avanzando con serenidad hacia él, sin dejar los impertinentes.* Querido amigo Reina...

Octavio vacila un segundo. ¿Es Leopoldina? ¿Es la otra? ¿Toca nuevamente el violón?

Octavio. Pero...

Pablote. ¡Es igual!

Leopoldina. *Soltando la risa, que ya no puede contener más tiempo.* ¡Ja, ja, ja!

Octavio. ¡Vamos! ¡Se necesita humor!

Leopoldina. Hijo, has puesto tal cara de tonto, que no hay serenidad que baste.

Octavio. *Hechizado, radiante de júbilo.* ¡Se necesita humor, Leopoldina!

Pablote. ¡Leopoldina! ¡Ya decía yo que era Leopoldina!

Leopoldina. ¿Qué tal, Pablote?

Pablote. Pues ¡tú calcula! ¡Alegrándome de haber nacido!

Octavio. Ven acá; deja a este majadero. Siéntate aquí, a mi lado. ¡Qué contento estoy! Habla; dí. ¿Por qué has hecho esto?

Leopoldina. Por vengarme; por hacerte rabiar; por pagarte en la misma moneda. ¿Tú sabes los tres días que yo llevo sin noticias tuyas?

Octavio. ¡Tres días pensando yo a cada minuto que iba a venir a verte!

Leopoldina. Sí, sí. ¡Tenemos que ajustar muchas cuentas; muchas!

Octavio. Cuantas tú necesites.

Leopoldina. ¿Traes prisa?

Octavio. Alguna traigo.

Leopoldina. ¡Milagro de Dios!

Octavio. ¡Qué guapa estás!

Leopoldina. Y tú ¡qué feo!

Pablote. *Harto ya de idilio.* ¡Vaya! ¡Voy a que doña Regla me enseñe la casa y a que me enganchen a la noria después! ¡Porque no merezco otra cosa!

Octavio. ¡Yo te indemnizaré de todo!

Pablote. ¡Ten cuidado y no te estrelle yo en el viaje de vuelta! ¡Te voy à llevar a noventa por hora! ¡Esto que hoy has hecho conmigo no se hace ni con un rifeño!

Vase en busca de doña Regla. Los novios se ríen.

Leopoldina. ¿Qué dice que has hecho con él?

Octavio. ¡Engañarlo para que me trajese! ¡Es un *auto!*

Leopoldina. ¡Cómo lo tratas, hombre!

Octavio. Te advierto que es lo que le gusta. Si no se le llama cien veces animal, no está contento.

Leopoldina. ¡Vamos, hijo, que buena vida te estás dando de fiesta en fiesta por toda Andalucía!

Octavio. No me hables: de cabeza andamos mi jefe y yo.

Leopoldina. Sobre todo en Jerez; en las bodegas. Pero a mí tu jefe me importa un comino.

Octavio. Pues debiera importarte; porque todo lo que él padece, lo padezco yo. Que rabia, rabio; que corre, corro; que vela, velo... ¡Se les pide demasiado a los nervios de un hombre!

Leopoldina. ¡De dos!

Octavio. El pobre señor vino a estos festejos hispano-americanos de Sevilla, y lo han comprometido en mil partes. No hay cuerpo que resista; créelo. Está hecho una breva. Yo aguanto, porque soy más joven.

Leopoldina. Y ¿él también se las entiende con su familia, como tú conmigo, mandándole todos los *menús* de los banquetes y los recortes de la Prensa que traen sus brindis?

Octavio. ¡Él no hace ni eso! ¡Eso lo hago yo!

Leopoldina. ¡Pues vas a mellar las tijeras! ¡Porque es a mí y me traes loca ya con tantos papeles! Como vuelvas a mandarme uno más, reñimos. Yo quiero letra tuya. ¡Jesús, qué cansera! Jira en honor; banquete en honor; buñolada en honor; función en honor... ¡Y el secretario en todas partes! ¡No ha de haber fiesta sin tarasca! Y la novia del secretario, mientras, pasándose una rabieta diaria... en honor

suyo. ¡Y sin poder dormir ni una noche! ¡Muy bonito plan! Y a andar de juerga en juerga le llama el señorito trabajo ímprobo.

Octavio. ¡Ja, ja, ja!

Leopoldina. ¡No te rías! Todo lo resuelves riéndote. Si me quisieras, no te reirías tanto. Porque no creo que tenga gracia maldita que yo sufra.

Octavio. Pero, niña, ¡si sufres porque quieres!...

Leopoldina. ¡Porque quiero! ¡Hasta ahora no lo has dicho! ¡Por lo que no puedes sufrir tú!

Octavio. ¿Serás tonta? Déjate de bobadas. ¡Apenas te quiero yo a ti! Tu amor y tu recuerdo me sostienen y me dan paciencia en esta insustancialidad de mi vida; en este ocuparme siempre aprisa de tantas cosas que casi me son indiferentes, pero que agotan mi actividad.

Leopoldina. ¡Como que no te dejan ni diez minutos para escribirme a mí, ni siquiera un segundo para telegrafiarme!

Octavio. Pues, a pesar de eso, ¡no hay segundo en mi vida que no te pertenezca!... *Ingenuamente.* ¿Era tan grande este lunar?

Leopoldina. ¿Ves? ¿Ves, Octavio? Te vendes cuando menos lo crees; cuando más protestas de tu cariño. ¿Así me has visto que me preguntas eso? ¿Piensas que yo me pinto los lunares... ni nada? ¿Qué enamorado es este que no recuerda, como si lo tuviera presente, el tamaño que tiene un lunar?

Octavio. ¡El Señor me valga! ¿Para qué se me habrá ocurrido la preguntita?

Leopoldina. Providencial ha sido, no te pienses.

Octavio. ¿Providencial y todo?

Leopoldina. ¡Como que ella va a decidir de nuestra suerte! ¡Figúrate! Ella me da pie; ella me determina a decirte una cosa... que es, en resumen, la que no me deja vivir.

OCTAVIO. Pues habla, criatura... Pero no te sofoques... ¿Qué te pasa? ¡Locuras del insomnio serán! ¿Qué cosa es esa que va a decidir de nuestra suerte? ¿Te has enamorado de otro?

LEOPOLDINA. No me juzgues a mí por ti.

OCTAVIO. ¿En este caso?

LEOPOLDINA. En este caso. Octavio, yo estoy atormentada por una sospecha. Yo no sosiego; yo no vivo. Los celos me consumen.

OCTAVIO. ¿Los celos? Pero ¿de quién?

LEOPOLDINA. No te rías.

OCTAVIO. Ahora no me he reído.

LEOPOLDINA. ¡Te baila la risa en los ojos!

OCTAVIO. Esa es buena señal. Pero ya estoy serio. Anda, habla; dí, que no quiero que dure esto mucho: ¡que tengo poco tiempo! ¡A ver si en seguida nos reímos los dos a la par!

LEOPOLDINA. Octavio, a mí se me figura que yo no te gusto; que tú no me quieres; que has entrado en amores conmigo por puro compromiso...

OCTAVIO. ¡No sigas!

LEOPOLDINA. Que el azar te trajo a mi lado; que me tomaste por mi prima; que mi prima fué la que te gustó...

OCTAVIO. ¡Calla, calla, inocente!

LEOPOLDINA. ¡No callo! ¡Es ella la que me quita el sueño! ¡El parecido de ella conmigo! ¡La broma que te he dado llevaba la intención de descubrir la verdad en tu cara! Pero pudo en mí más la alegría de verte... y me delaté.

OCTAVIO. ¡Y yo soy el más feliz de los hombres oyéndote estas cosas! ¡Así hubieras estado tú oyendo lo que yo le pregunté a tu tía cuando me anunció que la otra estaba aquí!

LEOPOLDINA. ¿Qué le preguntaste?

OCTAVIO. ¡Que si tenía dos puertas la casa, para

escaparme por las dos y no verla! ¿A quién se le ocurre otra cosa, Leopoldina? Aleja de ti esos temores, que son fantasmas de la ausencia. ¡Nadie se libra de ellos! Tu prima ha sido entre nosotros el hada misteriosa cuyo destino era ponernos frente a frente... mostrándome primero a mí como un reflejo de tu belleza... para irme acostumbrando los ojos. No tengas nunca celos de ella; guárdale gratitud. Yo a ti te quiero por ti misma; por tu propio hechizo; por algo también que hay en ti que no había en la otra.

LEOPOLDINA. ¡Ay, Octavio! ¡No sabes lo que me atormento!

OCTAVIO. En vano, como ves.

LEOPOLDINA. Sí; pero ponle puertas al campo de los disparates. Te oigo y me convences. En cuanto te vas... vuelvo al disparadero.

OCTAVIO. Ah, no: pues he de irme, y tocante a eso, has de quedarte como si yo estuviera a tu lado.

LEOPOLDINA. ¡Imposible!

OCTAVIO. Pues así ha de ser: así debe ser.

LEOPOLDINA. ¿Por qué no te quedas ahora un par de días?

OCTAVIO. ¡Ojalá pudiera! Pero ¿tú sabes todo lo que me espera a mí en Sevilla esta noche?

LEOPOLDINA. ¡No lo quiero saber!

OCTAVIO. Pues yo necesito que lo oigas, para que no pienses que todo son las bodegas jerezanas ni que te dejo por capricho. Mira: tengo que esperar el rápido de Madrid, donde viene el subsecretario; media hora después estoy citado con dos periodistas locales para celebrar dos entrevistas de diez minutos cada una; ceno con el capitán general...

LEOPOLDINA. Cuya hija es preciosa.

OCTAVIO. Pero que tiene un novio *precioso* tam-

bién. A las diez menos veinte, conferencia telefónica con Madrid. No sé si te he contado que informo el lunes en la Audiencia.

LEOPOLDINA. No.

OCTAVIO. Pues ya lo oyes.

LEOPOLDINA. Pero ¿tú eres abogado, Octavio?

OCTAVIO. ¡Qué pregunta!

LEOPOLDINA. ¡Nunca me lo has dicho!

OCTAVIO. No habrá habido ocasión.

LEOPOLDINA. ¡Vamos!

OCTAVIO. Siempre me ha parecido más urgente decirte que te quiero. Y no era cosa de añadir: Leopoldina, no sólo te quiero, sino que también soy abogado.

LEOPOLDINA. ¡Ja, ja, ja!

OCTAVIO. El dichoso asunto de la Audiencia me trae con fiebre, porque me falta tiempo de prepararme bien y a mi gusto. Sigo con la nochecita sevillana. A las diez y media, lectura de unas cuartillas en el Ateneo acerca de mi viaje a Venecia.

LEOPOLDINA. ¿Van señoras?

OCTAVIO. No. Después, una pescadilla de honor...

LEOPOLDINA. ¡No podía faltar la pescadilla! Y como postre, un ratito de canto flamenco... ¿eh?

OCTAVIO. Sí, no está mal canto: despachar el correo con el ministro en la habitación de la fonda—¡hasta las tres de la madrugada, calculo!...—y luego oírlo roncar. ¡Que ronca el buen señor de manera que parece que llega un *auto*, y no pego un ojo! Así va a ser mi noche. ¡Compadéceme! ¿Qué hora es a todo esto? *Mirando el reloj.* ¡Ay, Dios mío! ¡Cómo vuela el tiempo a tu lado! Tiene razón tu padre: los hombres modernos nos echamos sobre los hombros mucha más carga de la que pueden soportar; ¡tenemos más hijos de los que podemos mantener! *A*

un gesto de ella. Es una metáfora. ¡Qué desesperación!

LEOPOLDINA. Poco va a durarte.

OCTAVIO. ¿Eh?

LEOPOLDINA. Por lo que a mí toca. Yo no puedo vivir así; yo me muero; yo me fundo como una bombilla... ¡Voy a renegar de esta vida inquieta que tanto me agradaba! Porque ahora, nos vamos a Madrid, tú por un lado y yo por otro, tú con tus quehaceres y yo con mis amigas... y ¡adiós, Octavio! ¿Cuándo y cómo te veré cada día?

OCTAVIO. ¿Cuándo y cómo te veré yo a ti? ¡Es para pensarlo! ¡Es desolador!

LEOPOLDINA. ¡Es insoportable!

OCTAVIO. Leopoldina, esto no tiene más remedio que uno.

LEOPOLDINA. ¿Cuál?

OCTAVIO. ¡Casarnos!

LEOPOLDINA. ¿Ya?

OCTAVIO. ¿Te parece pronto?

LEOPOLDINA. ¡No!

OCTAVIO. ¡Sacaremos algún partido de la prisa! ¡Que alguna vez nos traiga una satisfacción!

LEOPOLDINA. ¡Es una gran idea!

OCTAVIO. ¿Verdad? ¡Casarnos a escape y abrir un paréntesis en esta angustia y en esta zozobra, viniéndonos a pasar un mes o dos a la huerta de tu tía Regla! ¡Hasta aburrirnos de estar solos!

LEOPOLDINA. ¿Hasta aburrirnos?... ¡Vas a tener que dejar la secretaría!

OCTAVIO. ¡Lo dejo todo! ¡Le digo al mundo que detenga su marcha, o que no me insulte si yo no me entero una temporadita de que sigue rodando! ¡El amor lo exige! Y ya en la huerta de la tía Regla, ¡qué hermosura!... tú y yo solos... ¡sin prisa! ¡A saborear el curso de las horas! ¡A saber bien yo cómo

eres tú y tú cómo soy yo! ¡A charlar de lo que fueron nuestras vidas antes de encontrarnos! ¡A soñar en los dias felices que le aguardan a nuestro amor! ¡A vivir, en fin! ¡A vivir como seres que tienen espíritu y no como máquinas ciegas! ¡Lo haremos! ¿Verdad, Leopoldina?

LEOPOLDINA. ¡Sí, Octavio; sí! ¡Yo no he nacido para máquina!

OCTAVIO. ¡Pues vamos a quemar las naves! *Llamando.* ¡Doña Regla! ¡Don Antolín! ¡Un momento!

LEOPOLDINA. ¿Qué haces?

OCTAVIO. ¿No lo ves? ¡Llamar a tu padre y a tu tía! ¡Don Antolín! ¡Señora!

Simultáneamente vienen por la puerta del foro, doña Regla, y por la de la izquierda, don Antolín.

DOÑA REGLA. ¿Qué es eso?

DON ANTOLÍN. Amigo Octavio: ¿qué me quiere usted?

OCTAVIO. ¡Oh, don Antolín! Un segundo: sólo un segundo. Tengo necesidad de irme; la prisa me agobia.

DOÑA REGLA. ¡Jesús, qué tormento! ¡Este hombre es un calambre!

OCTAVIO. Ustedes saben por Leopoldina lo que me quiere ella; pero ignoran lo que la quiero yo. Bueno: ¡pues el mes que viene nos casamos!

DON ANTOLÍN. ¡Caray!

DOÑA REGLA. ¡Ave María! ¡Sí que está de prisa tu novio!

OCTAVIO. ¡El mes que viene nos casamos! ¿Hay alguna dificultad? ¡Porque ésta y yo no tenemos ya que hacer otra cosa! ¿Un abrazo, don Antolín?

DON ANTOLÍN. ¡Sí, hijo mío!

OCTAVIO. ¿Y usted, doña Regla, me permite...?

DOÑA REGLA. ¿Por qué no?

OCTAVIO. ¡Contamos con su huerta!

Doña Regla. ¡Ya lo creo!

Octavio. ¡Será usted la madrina de lo primero que...!

Leopoldina. ¡Calma, calma!...

Octavio. No puedo. Y ahora, en seguida, al comedor, a tomar el refresco ése; que me vuelvo escapado a Sevilla.

Doña Regla. Falta le hace a usted.

Octavio. ¿Volverme a Sevilla?

Doña Regla. No; tomar el refresco.

Octavio. Supongo, Leopoldina, que le escribirás todo esto a tu prima Dolores.

Leopoldina. Y ¡poco que se va a reír!

Octavio. ¿Al comedor?

Doña Regla. Al comedor. Allí está su amigo Pablote, que jura y perjura que lo va a llevar a usted a noventa por hora.

Leopoldina. ¡Ya será un poco menos!

Don Antolín. Pídele a Dios que no sea algo más. A noventa por hora han ido también tus amores. A noventa por hora va el mundo. ¡La carrera embriaga! ¡Lástima, hija mía, que esta humanidad que tanto corre, no sepa de cierto adónde va!

Octavio. Pero ¿quién detiene su marcha, don Antolín? ¿Quién se opone a ella?

Don Antolín. Eso no lo sé, Octavio. Pero, para mí tengo que o se para a reflexionar, o se rompe del todo la crisma... y tiene luego que reflexionar malherida y maltrecha. Entretanto, ¡adelante! Mi papel ya no es otro que el de pasivo espectador de la carrera desenfrenada.

Leopoldina. Bueno, papá: pues ¡éste y yo le contaremos a usted lo qué pase! *Lo abraza.*

FIN DE LA COMEDIA

El Escorial, setiembre, 1921

OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

JUGUETES CÓMICOS

(PRIMEROS ENSAYOS)

Esgrima y amor.—Belén, 12, principal.—Gilito.—La media naranja.—El tío de la flauta.—Las casas de cartón.

COMEDIAS Y DRAMAS

EN UN ACTO

La reja.—La pena.—La azotea.—Fortunato.—Sin palabras.—Pedro López.

EN DOS ACTOS

La vida íntima.—El patio.—El nido.—Pepita Reyes.—El amor que pasa.—El niño prodigio.—La vida que vuelve.—La escondida senda.—Doña Clarines.—La rima eterna.—Puebla de las Mujeres.—La consulesa.—Dios dirá.—El ilustre huésped.—Así se escribe la historia.—Febrerillo el loco.—Pasionera.

EN TRES O MÁS ACTOS

Los Galeotes.—Las flores.—La dicha ajena.—La zagala.—La casa de García.—La musa loca.—El genio alegre.—Las de Caín.—Amores y amoríos.—El centenario.—La flor de la vida.—Malvaloca.—Mundo, mundillo...—Nena Teruel.—Los Leales.—El duque de Él.—Cabrita que tira al monte...—Marianela.—Pipiola.—Don Juan, buena persona.—La calumniada.—El mundo es un pañuelo.—Ramo de locura.—La prisa.

SAINETES Y PASILLOS

La buena sombra.—Los borrachos.—El traje de luces.—El motete.—El género ínfimo.—Los meritorios.—La reina mora.—Zaragatas.—El mal de amores.—Fea y con gracia.—La mala sombra.—El patinillo.—Isidrín o Las cuarenta y nueve provincias.—Los marchosos.—La del Dos de Mayo.

ENTREMESES Y PASOS DE COMEDIA

El ojito derecho.—El chiquillo.—Los piropos.—El flechazo.—La zahorí.—El nuevo servidor.—Mañana de sol.—La pitanza.—Los chorros del oro.—Morritos.—Amor a oscuras.—Nanita

nana...—La zancadilla.—La bella Lucerito.—A la luz de la luna.—El agua milagrosa.—Las buñoleras.—Sangre gorda.—Herida de muerte.—El último capítulo.—Solico en el mundo.—Rosa y Rosita.—Sábado sin sol.—Hablando se entiende la gente.—¿A quién me recuerda usted?—El cerrojazo.—Los ojos de luto.—Lo que tú quieras.—Lectura y escritura.—La cuerda sensible.—Secretico de confesión.—La Niña de Juana o El descubrimiento de América.—El corazón en la mano.—La sillita.—La moral de Arrabales.—La flor en el libro.—La seria.—El mal ángel.

ZARZUELAS

EN UN ACTO

El peregrino.—El estreno.—Abanicos y panderetas o ¡A Sevilla en el botijo!—El amor en solfa.—La patria chica.—La muela del rey Farfán.—El amor bandolero.—Diana cazadora o Pena de muerte al Amor.—La casa de enfrente.

EN DOS O MÁS ACTOS

Anita la Risueña.—Las mil maravillas.—Los pápiros.

MONÓLOGOS

Palomilla.—El hombre que hace reír.—Chiquita y bonita.—Polvorilla el Corneta.—La historia de Sevilla.—Pesado y medido.

VARIAS

El amor en el teatro.—La contrata.—La aventura de los galeotes.—Cuatro palabras.—Carta a Juan Soldado.—Las hazañas de Juanillo el de Molares.—Becqueriana.—Rinconete y Cortadillo.—Castañuela, arbitrista.

Pompas y honores, *capricho literario en verso. Fernando Fe, Madrid.*

Fiestas de amor y poesía, *colección de trabajos escritos ex profeso para tales fiestas. Manuel Marín, Barcelona.*

La madrecita, *cuadros de costumbres. Biblioteca Nueva, Madrid.*

La mujer española, *una conferencia y dos cartas. Biblioteca Hispania, Madrid.*

Ruido de faldas, *pasos y entremeses escogidos, con un prólogo sobre el trabajo de la mujer. Enciclopedia, Madrid.*

EDICIÓN ESCOLAR:

Doña Clarines y Mañana de sol, *Edited with introduction, notes and vocabulary by S. Griswold Morley, Ph. D. Assistant Professor of Spanish, University of California.—Heath's Modern Language Series.—Boston, New York, Chicago.*

TRADUCCIONES

AL ITALIANO:

I Galeoti.—Il patio.—I fiori *(Las flores)*.—La pena.—L'amore che passa.—La Zanze *(La Zagala)*, por GIUSEPPE PAOLO PACCHIEROTTI.

Anima allegra *(El genio alegre)*, por JUAN FABRÉ Y OLIVER y LUIGI MOTTA.

Le fatiche di Ercole *(Las de Caín)*, por JUAN FABRÉ Y OLIVER

I fastidi della celebrità *(La vida íntima)*, por GIULIO DE MEDICI.

La casa di García.—Al chiaro di luna.—Amore al buio *(Amor a oscuras)*, por LUIGI MOTTA.

Il centenario, por FRANCO LIBERATI.

Donna Clarines, por GIULIO DE FRENZI.

Ragnatelle d'amore *(Puebla de las Mujeres)*, por ENRICO TEDESCHI.

Mattina di sole.—L'ultimo capitolo.—Il fiore della vita.—Malvaloca.—Jettatura *(La mala sombra)*.—Anima malata *(Herida de muerte)*.—Chi mi ricorda lei? *(¿A quien me recuerda usted?)*—Così si scrive la storia, por GILBERTO BECCARI y LUIGI MOTTA.

AL VENECIANO:

Siora Chiareta *(Doña Clarines)*, por GINO CUCCHETTI.

El paese de le done (*Puebla de las Mujeres*), por CARLO MONTICELLI.

AL ALEMÁN:

Ein Sommeridyll in Sevilla (*El patio*).—Die Blumen (*Las flores*).—Die Liebe geht vorüber (*El amor que pasa*).—Lebenslus (*El genio alegre*), por el Dr. MAX BRAUSEWETTER.

Das fremde Glück (*La dicha ajena*), por J. GUSTAVO ROHDE.

Ein sonniger Morgen (*Mañana de sol*), por MARY V. HAKEN.

Begegnung *(Mañana de sol)*, poi FRANZISKA BECKER y S. GRAFENBERG.

AL FRANCÉS:

Matinée de soleil (*Mañana de sol*), por V. Borzia.

La fleur de la vie (*La flor de la vida*), por Georges Lafond y Albert Boucheron.

Le patio.—Le chouchou *(El ojito derecho)*, por Maurice Coindreau.

AL HOLANDÉS:

De bloem van het leven (*La flor de la vida*), por N. Smidt-Reineke.

AL PORTUGUÉS:

O genio alegre.—Mexericos (*Puebla de las Mujeres*).—Malvaloca, por João Soler.

Marianela.—Assim se escreve a historia.—Segredo de confissão, por Alice Pestana (Caïel).

A Dama Branca *(Doña Clarines)*, por Alberto de Moraes.

AL INGLÉS:

A morning of sunshine (*Mañana de sol*), por Mrs. Lucretia Xavier Floyd.

Malvaloca, por Jacob S. Fassett, Jr.

By their words ye shall know them (*Hablando se entiende la gente*), por John Garrett Underhill.

LIBRERÍA «FERNANDO FÉ»

PUERTA DEL SOL, 15

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

PRADO, 24

PRECIO: 2,50 PESETAS

1. La pina
2. Pepita y don Juan
3. Pepita Reyes
4. El peregrino
5. Pesado y medido
Castañuela, arbitrista
6. El pie
7. Pipiola
8. Los pinapos
9. La pitanza
10. La prisa
11. Pueblo de las mujeres
12. La guerra.
13. Ramo de locura
14. La reina mora
15. La reja

